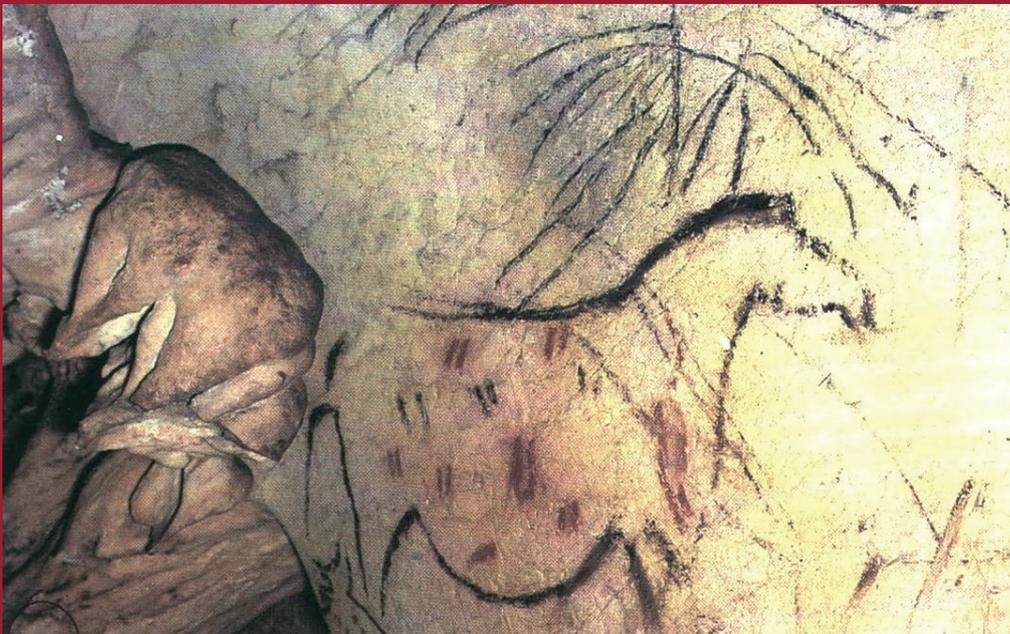


1

La domesticación del caballo en la Prehistoria

Eduardo Agüera Carmona



UCOPress

Editorial Universidad de Córdoba

La domesticación del caballo en la Prehistoria

Eduardo Agüera Carmona

UCOPress



Editorial Universidad de Córdoba

La domesticación del caballo en la Prehistoria

La domesticación del caballo en la Prehistoria.- Córdoba: UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba
59 pp.

THEMA: WNGH, DNG

Colección Biblioteca Ecuestre

Serie: La Domesticación del Caballo e Historia de los Arneses y Útiles de Manejo, 1

© Eduardo Agüera, 2020

© UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba, 2020

Campus de Rabanales. Ctra. Nacional, IV, Km. 396. 14071 Córdoba

Telf. 957 212 165

<https://www.uco.es/ucopress> · ucopress@uco.es

Diseño y maquetación: Lucía Trinidad Figueredo Fernández

ISBN: 978-84-9927-497-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org).

*A Marisa,
esposa y compañera,
por compartir toda una vida.*

Libros de la serie

1

La domesticación del caballo en la Prehistoria

2

El sometimiento de los équidos: el bocado

3

El jinete y la evolución de la brida

4

La montura o silla de montar

5

El caballo y el jinete ibéricos

6

La herradura con clavos

7

El estribo y otras innovaciones ecuestres medievales

ÍNDICE

Introducción sobre la serie	11
-----------------------------------	----

I

Introducción.....	15
Breve semblanza histórica en el desarrollo de los hechos.....	15
I. El caballo en el paleolítico	17
I.1.El arte rupestre paleolítico.....	18
I.1.a. Algunas cuevas del Sur de Francia, Pirineos y Cornisa Cantábrica	21
I.1.b. Otras cuevas peninsulares.....	25
I.2. La presencia del caballo en la Península Ibérica en época paleolítica	27
Referencias Bibliográficas.....	31

II

Introducción.....	35
Breve semblanza histórica en el desarrollo de los hechos.....	36
II. Mesolítico y Neolítico: la domesticación del caballo	36
II.1. La domesticación	37
II.1.a. La domesticación de los équidos	38
II.2. El arte levantino peninsular.....	41
II.2.a. Abrigos y/o covachas con representaciones de équidos	42
II.2.b. Algunos comentarios y conclusiones sobre las representaciones de équidos en el Arte Levantino.....	48
II.3. Otros restos faunísticos de équidos peninsulares.....	53
Referencias Bibliográficas.....	55
Biografía del autor.....	58

Introducción sobre la serie

La obra que me honro en presentar, es fruto de la afición que desde siempre siento por el caballo y en especial por el conocimiento sobre su locomoción y manejo. Ello me llevó en su día a desarrollar una materia sobre “*Domesticación y evolución histórica del manejo y producción del caballo*” que impartí como disciplina de libre configuración en la Licenciatura de Veterinaria de la Universidad de Córdoba, con gran aceptación por parte de mis alumnos, durante algo más de un lustro (Cursos 2006-07 a 2011-12).

Con esta experiencia y la documentación compilada para este propósito, me pareció sugestivo reunir en una monografía, una parte de aquella materia. Lo referente a, a), el desarrollo de la domesticación de los équidos; b), los primeros útiles usados por el hombre que hicieron posible frenar al caballo en su carrera de huida durante la monta *-el bocado-*; c), cómo las primeras civilizaciones sacaron partido del uso de los équidos *-enganchado como tracción y/o como jinete-*; d), analizar otras innovaciones que posibilitaron perfeccionar su doma y manejo *-la brida, la silla de montar, el estribo-*, o bien e), cómo el hombre pudo solventar problemas físicos del propio équido como consecuencia de la aparición de calzadas y caminos empedrados *-herradura con clavos-*.

El material bibliográfico acumulado para la impartición de esta parte de la disciplina, me ha servido como guía orientativo de cómo pudieron suceder las cosas a través de la historia. Y aunque algunas de estas publicaciones versaban sobre los hallazgos arqueológicos de las innovaciones utilizadas por el hombre, éstas y otras, también contenían aspectos discursivos que dejaban entrever el curso de los acontecimientos, y sobre ellos, como conocedor del resultado final de los útiles para la monta y la equitación, me he permitido realizar mis propias conjeturas. La riqueza documental y especificidad de la bibliografía utilizada para la monografía, pueden valorarse analizando las citas que se acompañan al final de cada uno de los capítulos en que está estructurada la obra.

Por su parte la iconografía, en nuestro caso, adquiere una dimensión documental. Este valor informativo se debe en gran medida a que las innovaciones estudiadas no cuentan con referencias escritas de primera mano, dado que en las épocas en que sucedieron estos hechos, el hombre o bien no utilizaba la expresión escrita, o su desarrollo era muy rudimentario y los escasos textos llegados hasta nosotros tenían otras prioridades. Por ello, el material iconográfico tiene para nuestros objetivos un valor excepcional, dado que ante la carencia de otras referencias se convierten en una fuente primaria de información.

Así pues, las imágenes llegadas hasta nosotros: grabados, bajorrelieves, representaciones pictóricas u otras, al contemplarlas (aunque generalmente los motivos ecuestres se diseñan como partes de acompañamiento o complementarias del motivo principal de la obra) con detenimiento por unos ojos de “entendido”, siempre ilustran nuevos detalles que aportan sobre la actividad ecuestre de la época. El experto al observar las representaciones con motivos ecuestres, puede juzgar, entre otros, aspectos sobre la monta de los jinetes, diferenciar los aires con los que marchan los caballos, analizar con detalle los arneses utilizados, así como otros motivos ecuestres mas subsidiarios que para muchos puedan resultar desconocidos y/o pasar inadvertidos, que a la postre adquieren una gran relevancia documental e histórica.

El material fotográfico compilado, además de utilizarlo como material didáctico para las clases con mis alumnos, cuenta con otro valor añadido: el de haberse realizado con el objetivo prioritario de estudiar este proceso de manejo ecuestre. Por ello, estas ilustraciones, de las que en la monografía adjuntamos tan sólo una muestra, independientemente del valor artístico que en sí mismo entrañan, tienen como principal objetivo descubrir la cotidianidad ecuestre de cada

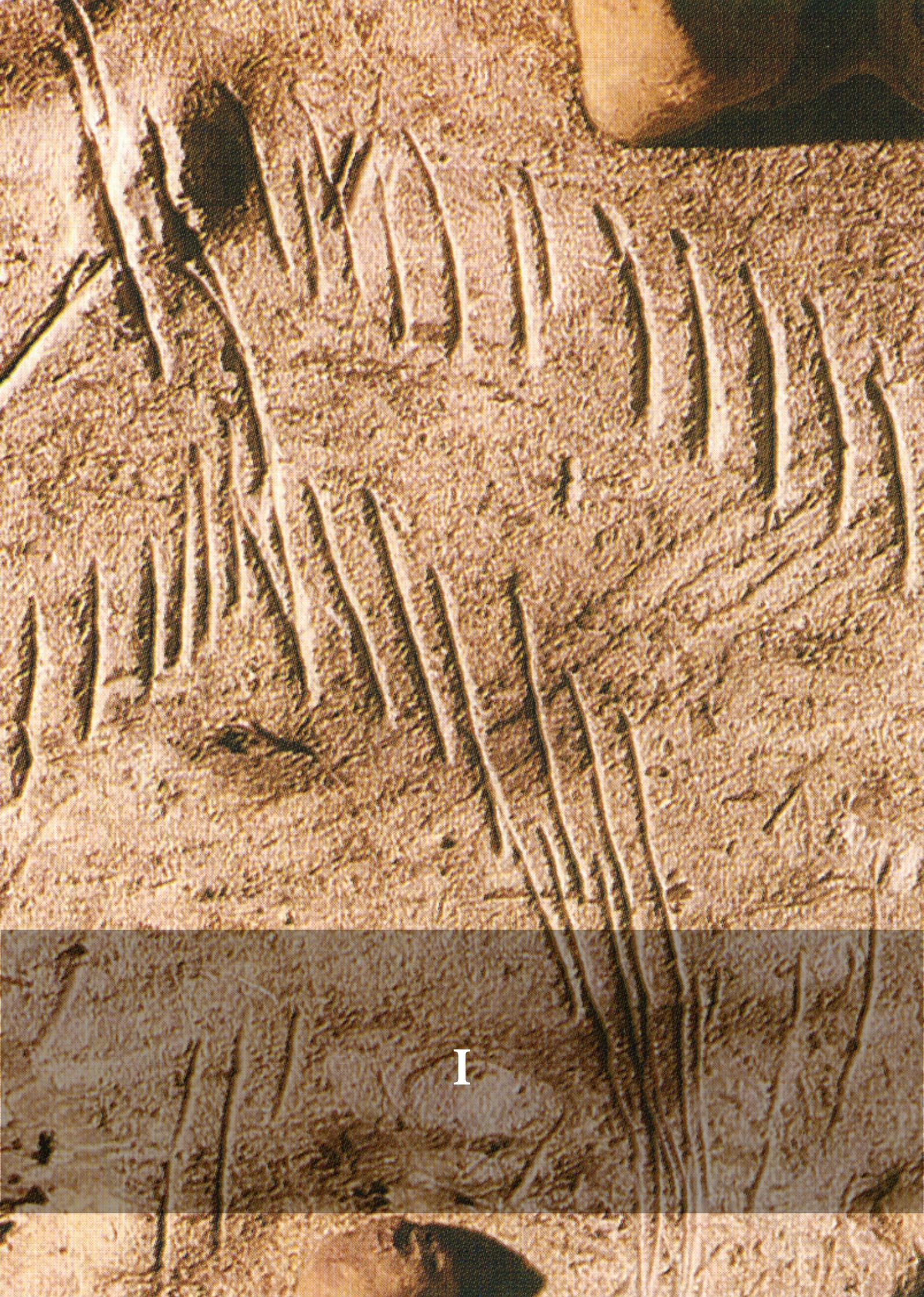
época. Para ello fueron obtenidas en su mayoría de forma personal, mediante visitas intencionadas o fortuitas, que fui realizando durante los últimos años a los Museos que cuentan con un mayor valor expositivo. Tal es el caso del Museo Británico de Londres; Museo Metropolitano de Nueva York; Museo Hermitage de St. Petersburgo; Museo del Louvre de Paris; Museo Arqueológico Nacional de Madrid; Museo Pergamo de Berlín, y otros museos y monumentos de España, Grecia e Italia.

Pues bien, con estos mimbres, el desarrollo de la presente monografía se halla a mitad de camino, entre una revisión exhaustiva de la historia de cada una de las innovaciones ecuestres y la justificación funcional de las posibles aplicaciones de estas en el manejo equino. Se trata pues de la visión de un experto en Anatomía y Locomoción equina, aficionado a la Historia, que como divertimento se ha permitido especular sobre los acontecimientos que primaron en cada época en el manejo y uso de los équidos.

Precisamente, esta perspectiva que como experto sobre el mundo del caballo pueda impregnar a la presente obra, es la que a la postre la dota de una mayor originalidad, pues el abordaje de estos temas por parte de un historiador garantizaría sin duda el máximo rigor en cuanto a los datos proporcionados por documentos y hallazgos arqueológicos e incluso indicaría de forma certera las épocas y civilizaciones implicadas en la aparición de cada una de las innovaciones ecuestres: de todo ello he pretendido tomar buena nota. Sin embargo, al valorar como fuente las colecciones museísticas, y el hecho que el historiador no suele conocer en profundidad el comportamiento equino, ni las posibles situaciones que puedan desencadenarse como consecuencia de su habitual manejo, hace, en mi opinión, impensable que un profano en conducta animal pueda comprender bien cómo se desarrollaron los hechos y cómo fueron utilizándose los arneses de forma progresiva para una más eficaz sujeción y utilización del équido por el hombre.

Y todo esto ¿qué aporta al mundo del caballo en general y al aficionado en particular?. Pues, básicamente pretende lo que intentaba obtener esta parte de la disciplina para mis alumnos: *un objetivo formativo y documental*. De modo que esta monografía pueda permitir, con conocimiento de causa, analizar la evolución del manejo de los équidos por parte del hombre, y saber valorar, en su correspondiente encuadre histórico, el proceso seguido, así como los arneses y útiles empleados para someter y domar a nuestro noble bruto.

El autor



I

Introducción

Parece confirmado que el homo australopithecus, tras adentrarse hace 4 millones de años en la sabana africana) además de evitar (por astucia) a los grandes carnívoros, gracias a poder consumir una dieta alimenticia concentrada fue capaz de adaptarse a los severos cambios climáticos acontecidos en el planeta que alternaron episodios repetidos de glaciación y deshielo.

Estas transformaciones del ecosistema encontraron colaboración de subsistencia gracias también a la habilidad del homo erectus, que desde hace 1,8 millones de años empezó a construir utensilios, así como desde hace casi 1 millón de años –desde hace 400.000 años de forma generalizada- a provocar y controlar el fuego. Según parece, también hace 1 millón de años el homo erectus abandonó la sabana africana se trasladó primero a Asia y más adelante a Europa.

La aparición del homo sapiens está datada en África de hace entre 200.000 y 130.000 años, y logró una extraordinaria expansión por todo el planeta entre 40.000 y 10.000 años. Además gracias al especial desarrollo cerebral, el hombre moderno pudo saber encontrar vestido y cobijo, controlar el uso del fuego y convertirse en un experto cazador (entre 30 y 15.000 años aparece el arco y las flechas) que le permitió sobrevivir y superar tanto las barreras climáticas como acuáticas, y hace entre 40.000 y 35.000 años sustituir al hombre Neandertal en Europa y Suroeste asiático.

Las primeras manifestaciones del arte rupestre paleolítico se realizaron en Europa occidental en la llamada cornisa franco-cantábrica haciendo alusión a la principal concentración de cuevas y abrigos en el sur de Francia y norte de España, aunque también se conocen ejemplos en otras zonas cercanas (Meseta central, sur y Levante peninsular, Portugal, centro de Francia, Inglaterra, Italia y algunos lugares de Europa oriental). Este famoso arte rupestre magdalenense del sur de Francia y norte de España que data de hace entre 16.000 y 13.000 años, es un producto de cooperación e inventiva humana, quien según se cree cazaba macroherbívoros migratorios que tras aprender a conservar la carne, utilizó su tiempo libre para crear los misteriosos rituales de las cavernas.

Luego, hace alrededor de 10.000 años el clima se volvió más seco otra vez, y el homo sapiens pasó a ocupar territorios más descubiertos, iniciándose otra etapa que a la postre resultó revolucionaria. El último calentamiento postglaciar provocó las condiciones actuales, que fueron bastante distintas a las que habían existido durante el Pleistoceno. El cambio fue muy repentino y actuó como una sacudida sin precedentes sobre la fauna. Para la pervivencia de las especies resultó primordial la dieta alimenticia, la capacidad reproductiva y otros factores. Todo ello modificó sustancialmente la fauna existente, afectando muy especialmente a la megafauna. En concreto en Eurasia en este periodo desapareció el rinoceronte, el mamut, el elefante, el ciervo gigante, el bisonte y el hipopótamo, entre otros.

Breve semblanza histórica en el desarrollo de los hechos

Los cambios climáticos habidos durante el Paleolítico superior (35.000-10.000 años), afectaron muy severamente a algunas especies de macroherbívoros, entre las que se hallan los équidos. Estas circunstancias llevaron a éstos en el Continente americano (del norte, hace 20.000 años) incluso al extremo de exterminio, y a una importante mengua faunística equina en Eurasia.

No obstante, aunque la presencia de restos equinos en los yacimientos paleolíticos ha resultado de muy escasa significación, su pervivencia en el Suroeste europeo ha quedado demostrada por las representaciones que el hombre hizo sobre ellos. Así pues, el caballo se muestra como una de las imágenes más abundantes que dejaron nuestros antepasados en forma de arte mueble, y muy especialmente como grabados y pinturas parietales en cuevas y abrigos que habitaron.

Entre las primeras iniciativas culturales del hombre, se constata que, al menos los europeos, tenían una predilección por el caballo, pues desde Europa Occidental hasta Siberia, se han encontrado en forma de arte mueble figurillas de équidos. Como ejemplo más representativo de este arte mueble paleolítico, cabe destacar a las figurillas de mamut y caballo en marfil, descubiertos en Vogelherd en el valle del Lone cerca de Stetten (Alemania), datados con una antigüedad de 33.000 años.

Estos hechos quedan aún más magnificados al contemplar el desarrollo del arte rupestre, que tuvo su mayor época de esplendor durante el periodo Solutrense y de modo especial tras la última glaciación en el Magdaleniense (16.000-13.000 años). En este arte rupestre el caballo o mejor el équido, resulta la figura más representada, pues han sido inventariados, hasta la fecha, más de 600 representaciones de estas especies. Todo ello hace pensar sobre la abundancia de équidos en las regiones donde se representaron, es decir en el **Sur de Francia y Norte de España**.

Por las representaciones llegadas hasta nosotros parece que el caballo paleolítico de la Península, era en general de aparente poca alzada; su cabeza de perfil recto, proporcionada y bien estructurada; poseían buen cuello, tronco masivo y alargado, y miembros de corta longitud, (limitando con ello a los ejemplares en su alzada). Sus pelajes eran variados y sus crines y cola no muy abundantes.

I. El Caballo en el Paleolítico

Desde el pleistoceno en la Península Ibérica se conoce la presencia de équidos –caballos, asnos, onagros y cebras-. La primera cita arqueológica de restos de huesos de estas especies, según Ruiz Bustos¹, se obtuvo en el yacimiento de “Cuellar Baza I”, de una datación de 600.000 años. Este yacimiento cuenta con una variada fauna que parece no haber sido modificada por la acción humana, entre los que se identificaron restos óseos y dentarios equinos.

En una fase más reciente del Paleolítico inferior, en Solana de Zamborio (Granada), también entre los restos de una variada fauna, se identificaron abundantes restos equinos. Al parecer la zona de Guadix-Baza en el pleistoceno, estaba configurada como una depresión pantanosa dotada de la existencia de amplias estepas, propicia para la supervivencia de los équidos. En este sentido, parece probado que las poblaciones achelenses allí asentadas durante el periodo de mayor actividad, cazaron numerosos grandes herbívoros –bóvidos y équidos-. Y entre los restos de los macromamíferos hallados en estos yacimientos se identificaron, algo más del 38% del total, como originarios de restos equinos. Se trata, según Prat², de restos pertenecientes a la especie *Equus caballus*, quien calcula tenían una alzada media de 1,45m. En estos casos, cabe destacar que aquellos caballos contaban con metacarpos y/o metatarsos robustos, y falanges distales especialmente anchas, además el desgaste dentario de sus premolares era intenso³. Ello induce a pensar que aquellos équidos habitaban en zonas encharcadas y blandas y que su alimentación se realizaba a base de duras plantas.

También en el Paleolítico medio (100.000-35.000) se han obtenido hallazgos de estos restos en la zona de Andalucía Oriental -Cuevas de Carigüela y de Horá en Granada⁴, y Zafarraya en Málaga-, refrendando con ello la abundancia de équidos en el sureste peninsular. Los autores citados, al estudiar los restos faunísticos de estos yacimientos, incluso Barroso⁵ se atrevieron a describir la presencia de dos tipos de équidos: *Equus caballus* y *Equus hydruntinus*, este segundo parecido en tamaño al *Equus asinus* (asno), aunque prefiere asemejarlo al onagro.

Siguiendo con la secuencia cronológica iniciada, parece demostrado que los cambios climáticos sufridos durante el Paleolítico superior (35.000-10.000 años) afectaron muy severamente a algunas especies de macroherbívoros. Entre ellas se citan el mamut, el bisonte y los équidos. Ello lo confirma el hecho de que los restos de estas especies, estuvieron prácticamente ausentes en los yacimientos datados en aquellos periodos.

En este contexto, aunque rebasando el límite peninsular, se puede hilar como punto extremo de exterminio durante esta época del Paleolítico superior, el hecho demostrado de la presencia de restos equinos en yacimientos en el Continente americano (del norte) hace 20.000 años⁶. Durante este periodo de cambios climáticos extremos, al igual que en América, también en Eurasia se constata una importante mengua faunística equina. No obstante, este acusado descenso no llegó como en aquellos lugares hasta el punto de alcanzar el exterminio de sus especies.

1 Citado por Riquelme, 1995.

2 Prat,1977.

3 Martín Penela,1988, citado por Riquelme, 1995.

4 Ruiz Bustos, 1976.

5 Barroso, 1983.

6 Está, también, demostrado que los caballos que actualmente existen en América fueron introducidos por los europeos, los primeros por los conquistadores españoles.

I.1. El arte rupestre paleolítico

Aunque la presencia de restos equinos en los yacimientos paleolíticos ha resultado de muy escasa significación, la pervivencia de estos, al menos en el suroeste europeo, quedó demostrada por las representaciones que el hombre hizo sobre ellos. Pues, el caballo aparece como una de las imágenes más abundantes que dejaron nuestros antepasados en forma de arte mueble, y muy especialmente como grabados y pinturas parietales de las cuevas y abrigos que con toda seguridad habitaron.

Así pues, entre las primeras iniciativas culturales del hombre, se constata que, al menos los europeos, tenían una predilección por el caballo, quienes bien por un interés recolector como presas de caza habitual o por la admiración que su contemplación le despertaba, generó que lo utilizaran en muchos casos como prototipo de sus representaciones.

Como muestra de estas iniciativas, desde Europa Occidental hasta Siberia, se han encontrado figurillas, algunos de équidos, cuyos grabados en útiles de caza o esculpidas para su propia satisfacción o veneración, el arqueólogo engloba dentro del conjunto cultural paleolítico como **arte mueble**, teniendo éste un especial reconocimiento el desarrollado durante el periodo Auriñaciense. Este es a entender de algunos, el objetivo con que se fabricaron las figurillas, en marfil de mamut y caballo (fig.I.1), descubiertos en Vogelherd en el valle del Lone cerca de Stetten (Alemania) y que están datados con una antigüedad de 33.000 años.



fig. I.1. Arte mueble procedente de Vogelherd (Alemania) con una antigüedad de 33.000 años.

Estos hechos quedan aún más magnificados al contemplar el desarrollo del **arte rupestre**, que tuvo su mayor época de esplendor durante el periodo Solutrense y de modo especial tras la última glaciación, en el Magdaleniense (16.000-13.000 años). Durante éstos periodos nuestros antepasados dejaron como expresión de su propia personalidad un extraordinario bagaje de imágenes en forma de **arte parietal**. Su actuación, aparece como un producto asombroso de la cooperación e inventiva humana, realizada por gentes que se cree cazaban renos, caballos y otros macroherbívoros, que aprendieron a conservar los alimentos, y utilizaron para facilitar su caza la magia de misteriosos rituales en el interior de cavernas que habitaban.

El área de presencia de este arte parietal se concentra especialmente en el **Sur de Francia y Norte de España**. En el primer caso, se han descubierto unas ciento treinta cuevas, en su mayoría ubicadas

en Aquitania (con mayor densidad en Périgord-Dordoña) y en los Pirineos, y en el segundo, con más de sesenta cuevas descubiertas, en la cornisa Cantábrica⁷. Se entiende que tras la última glaciación (hace 15.000 años), las emigraciones de bisontes, renos y caballos y el arte de caza desarrollado por nuestros antepasados cavernícolas, dejaron impronta en su inteligencia como *homo sapiens*, que ellos supieron transmitir a sus sucesores, haciéndonos llegar hasta nosotros un extenso muestrario de arte rupestre en el interior de algunas cuevas y abrigos que habitaron.

Estas representaciones rupestres, algunas monocromáticas y otras policromáticas⁸, tuvieron una especial preferencia animalista, pues inciden con una mayor profusión en la representación de animales, especialmente de aquellos que con toda seguridad la comunidad admiraba. Cada caverna, tiene sus propias peculiaridades tanto en estilo como en representaciones, dependiente este arte parietal en gran medida del periodo concreto que fue realizado o de sus propios habitantes. Muchas de estas pinturas que han llegado hasta nosotros, están dotadas de una calidad extraordinaria: -pensad en la belleza plástica que nos transmite el bisonte saltando de la cueva de Altamira-, y suponen un legado cultural de valor incalculable de nuestros antepasados paleolíticos cercanos.

Además de las abundantes figuras de animales, el repertorio del arte paleolítico se extiende también a figuras humanas -incluyendo manos aisladas- y a una amplia variedad de signos. Sobre las especies animales que estamos sugiriendo, cabe destacar que no existe correspondencia entre los animales representados y los animales cazados y/o consumidos, pues no han sido hallados pinturas de aquellas especies cuyos restos de animales se describen en los yacimientos descubiertos a la entrada de las cuevas.

Para darnos una idea de la muestra del repertorio de estas representaciones, puede valernos un estudio realizado por Leroi-Gourhan⁹ quien tras analizar 1.974 casos de pinturas procedentes de cuevas francesas y cántabras, asigna el 54% de las representaciones a la triada: caballo 24%, signos 15%, y bisonte 15%. Y también a modo orientativo pueden valer los datos suministrados por Altuna y Apellaniz¹⁰ pertenecientes a la cueva de Ekain (Cestona, Guipuzcua), quienes sobre 59 figuras inventariadas, 34 (57%) son caballos, 11 bisontes, 5 cabras, 3 ciervos, 2 osos, 2 rinocerontes y 2 peces. Además los caballos de Ekain, como trataremos más adelante, son muy apreciados por su belleza plástica (fig. I.2).

⁷ Recientemente estas cuevas cántabras han sido declaradas por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad.

⁸ En realidad bicromáticas: negro de manganeso y en algún caso carbón y rojo de ocre o de óxido de hierro en sus diversas variantes.

⁹ Leroi-Gourhan, 1984.

¹⁰ Altuna y Apellaniz, 1978.

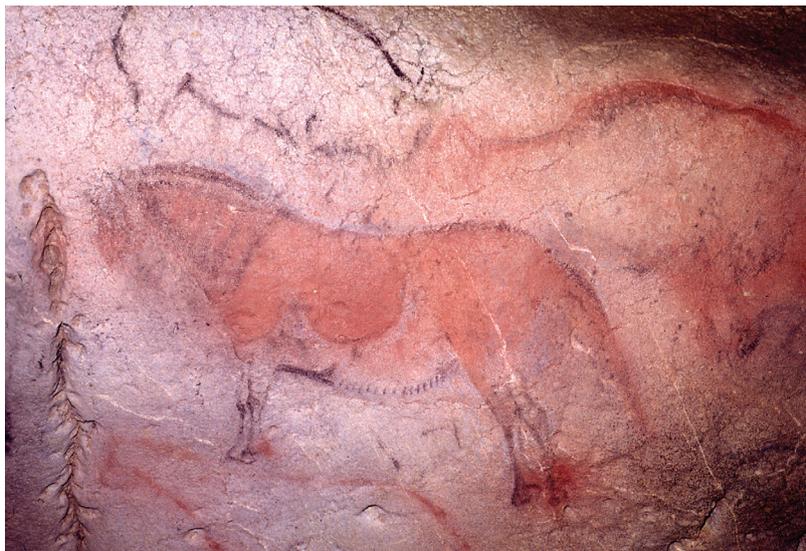


fig. I.2. Caballo de arte rupestre paleolítico. Cueva de Ekain, Cestona (Gipuzcua).

Así pues, entre todo este legado de arte paleolítico, está de todo punto constatado que en general el caballo o mejor el équido, resulta la figura más representada, pues han sido inventariados, hasta la fecha, más de 600 representaciones. El équido, en la mayoría de los casos se representa mediante siluetas con pocos trazos y su interior si se pinta, se hace con tinta plana delimitando especialmente el pelaje de sus flancos. El suelo suele aparecer indefinido, pues aunque se presiente o insinúa en el conjunto de la representación éste no se dibuja, dando a estas figuras la sensación de estar flotando (fig. I.3).

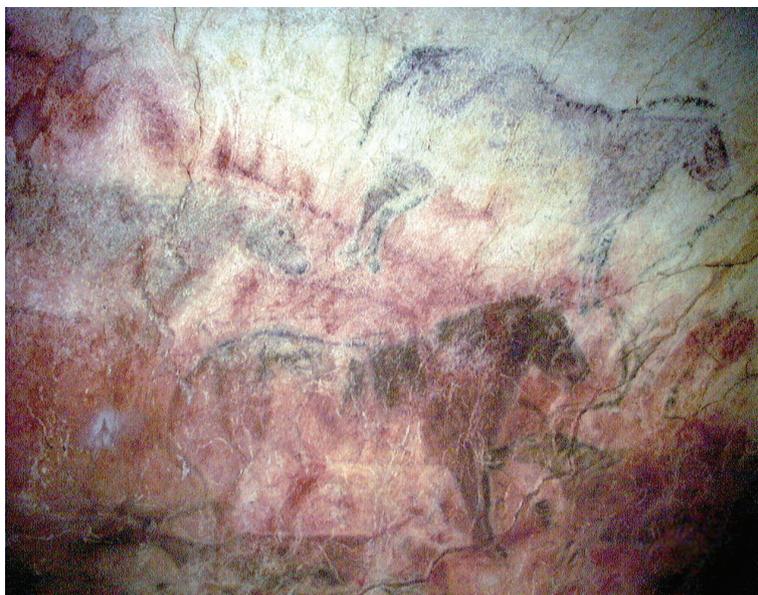


Fig.I.3. Panel principal de la Cueva de Tito Bustillo de 13.000 años de antigüedad.

Se han hallado, como en Lascaux y Niaux, caballos de cuerpo y cuellos rechonchos, patas cortas y anchos cascos, cabezas pequeñas con crines oscuras y abundante pelaje. En Tito Bustillo, sin embargo, los caballos parecen de mayor altura, de aspecto más grácil y algunos de ellos muestran cebraduras en las patas. En Combarelles -Lascaux y Trois Frères- se identifican dos équidos con largas orejas que algunos han reconocido como al *Equus hydruntinus*, reseñados en algunos textos como predecesor del asno. Entre la gama de representaciones, hallamos équidos inacabados por quedar las extremidades de los mismos sin dibujar o muy difuminadas;

también existen cabezas de caballos bien perfiladas; representaciones que sugieren definiciones morfológicas (simulando capas, torda rodada) o estados fisiológicos determinados (yeguas gestantes); caballos en movimiento y otras peculiaridades.

El tratamiento tan abundante y plástico que se hace en el arte parietal del caballo por parte el hombre franco-cantábrico, nos obliga a hacer más adelante una consideración algo más reflexiva sobre la actuación de aquellos antepasados, y sacar algunas posibles consecuencias de interés. No obstante, el hecho de ser el caballo la imagen más representada en las paredes de cuevas y abrigos, no sólo confirma su existencia sino que hace pensar sobre la abundancia de équidos en las regiones por ellos habitadas. De igual modo, parece fuera de duda la ferviente admiración de aquellos humanos por el caballo, en este sentido, creo y esto es una conjetura de mi cosecha, que esa admiración ha sido heredada por los descendientes de aquellos hombre paleolíticos: si no, observad la expresión de un niño de corta edad al paso de un caballo y pensad que a buen seguro esta sería la sensación que debía producir a nuestros antepasados cavernícolas la contemplación de la armónica y cadenciada locomoción de estas especies, pues si no como explicar tan magno esfuerzo artístico.

I.1.a. Algunas cuevas del Sur de Francia, Pirineos y Cornisa Cantábrica

El tema sobre arte rupestre paleolítico en sí mismo resulta tan peculiar, y debido a las numerosas cuevas descubiertas en el Sur de Francia, Pirineos y Cornisa Cantábrica, nos queda tan cercano, que parece oportuno extenderse brevemente para analizar la diversidad de estas representaciones. En nuestro caso con el objetivo prioritario de desvelar las perspectivas e interés de nuestro caballo paleolítico más reciente.

En la orilla del cañón de Archèche se encuentran las cuevas de **Ebou**, **Le Colombier** y **Chauvet**, catalogadas como de las más antiguas de arte rupestre, pues sus artistas pertenecieron a la época Solutrense. En estas cuevas existe un predominio en sus pinturas de équidos sobre otras representaciones. Precisamente a la cueva de Chauvet, pertenece al panel de caballos que se ilustra (fig. I.4 y I.5).



fig.I.4. Panel de los caballos de la Cueva de Chauvet, Ardèche (Francia)



fig.I.5. Pinturas rupestres procedentes de la Cueva de Chauvet, con una antigüedad de 22.000 años.

En la cueva de **Lascaux**, en el municipio de Montignac, catalogada como del Solutrense reciente o Magdaleniense (15.000-14.000 años), se han identificado más de 450 figuras (fig. I.6), que se extienden por el salón de los toros, pasaje, abáside, pozo y gabinete de los felinos. Entre las figuras equinas destaca en un pequeño friso el “caballito chino” (fig. I.7) de color rojo oscuro. El animal se representa fuerte de remos, larga cola y el cuerpo impregnado de tinta plana muy embebida en la superficie rugosa de la roca.



fig.I.6. Cueva de Lascaux, 15.000 años de antigüedad.

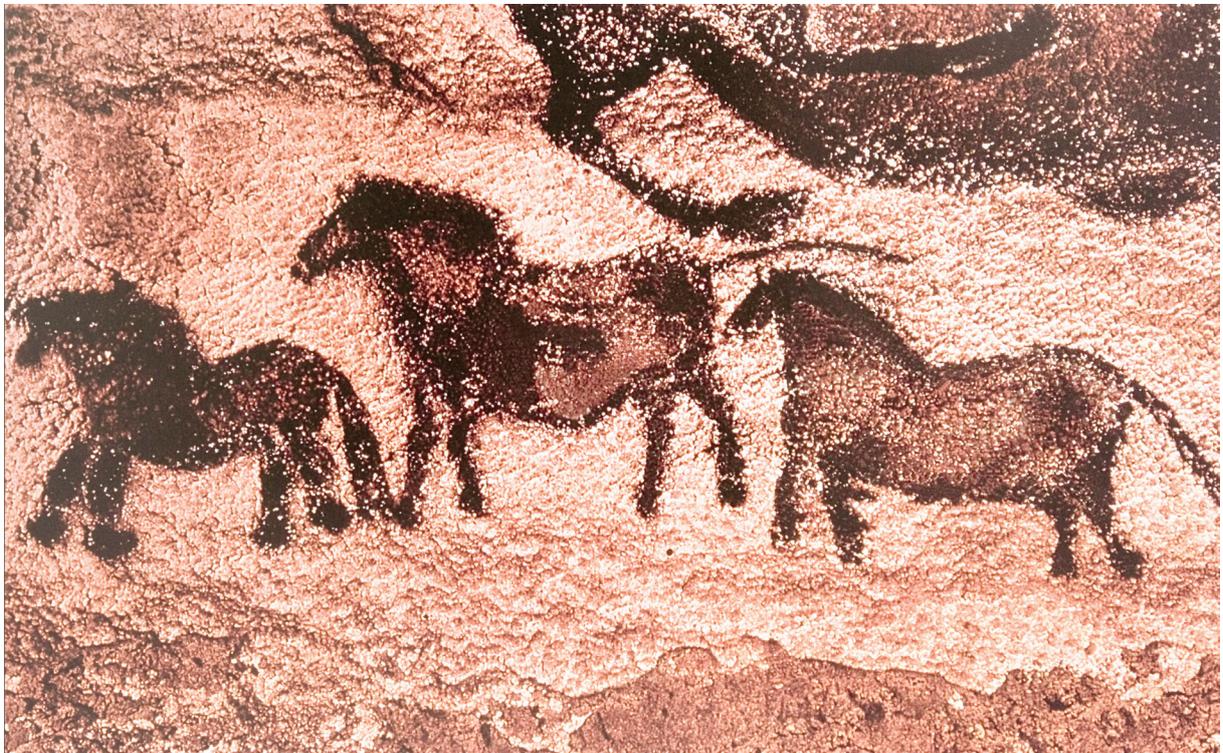


fig.I.7. Caballos procedentes de la Cueva de Chauvet.

Pech-Merle es la cueva más importante del Quercy del Solutrense (20.000 -15.000 años), situada en la confluencia de los ríos Lot y Celé, y en ella se han inventariado: 21 mamuts, 12 bisontes, 7 caballos, 6 uros, 6 cérvidos, 2 cápridos, 1 oso, 1 felino y 3 animales fantásticos. Este inventario nos puede servir de referencia en cuanto a las especies representadas con más habitualidad en la zona. De esta cueva es conocida la representación de “caballos tordos y manos” (fig. I.8), donde aparecen caballos en posición divergente y con el cuerpo cubierto de puntuaciones. Diversas manos negativas rodean a los dos animales en combinación con las puntuaciones. Las dos minúsculas cabezas, contrastan con la forma de la roca que sugiere la morfología que le correspondería al tamaño del animal.

En la cueva de **Gabillou** (Sourzac), del periodo Solutrense-Magdalenense, se han inventariado 59 caballos, junto a otras 76 representaciones de 10 especies animales y otras figuras antropomorfas y signos. En la caverna de **Rouffignac**, también llamada de los cien mamuts, existen 14 caballos. Esta caverna destaca por representar un grupo homogéneo tanto de estilo como de técnica, de ella es notable su “grand plafond” decorado con 63 figuras (fig. I.9). En la doble caverna de **Les Cambarelles**, existen 116 équidos de un total de 300 figuras, atribuidas al Magdalenense medio y reciente.



fig.I.8. Caballos tordos y manos de la Cueva de Peche-Merle.

Una de las grandes cavernas del Pirineo Central es la de **Niaux**, datada de unos 12.000 años, de suma importancia en el arte paleolítico. En esta caverna reviste singular importancia el “salón noir”, dotado con seis paneles principales de color negro, donde se representan, entre otros, nueve caballos de gran belleza pictórica, como es el caso del caballo de las crines erizadas (fig. I.10).

En cuanto al arte rupestre de la región Cántabra, la cueva mas occidental es la de la **Peña de Cadamo**, situada en el valle del Nalón. Esta cueva contiene una 65 figuras, seis de la cuales están en un curioso camerín donde se representan entre ellas dos cabezas de caballo y un caballo y una yegua de vientre muy abultado. En **La Viña** (Solutrense), se hallan tres perfiles recortados de caballos.

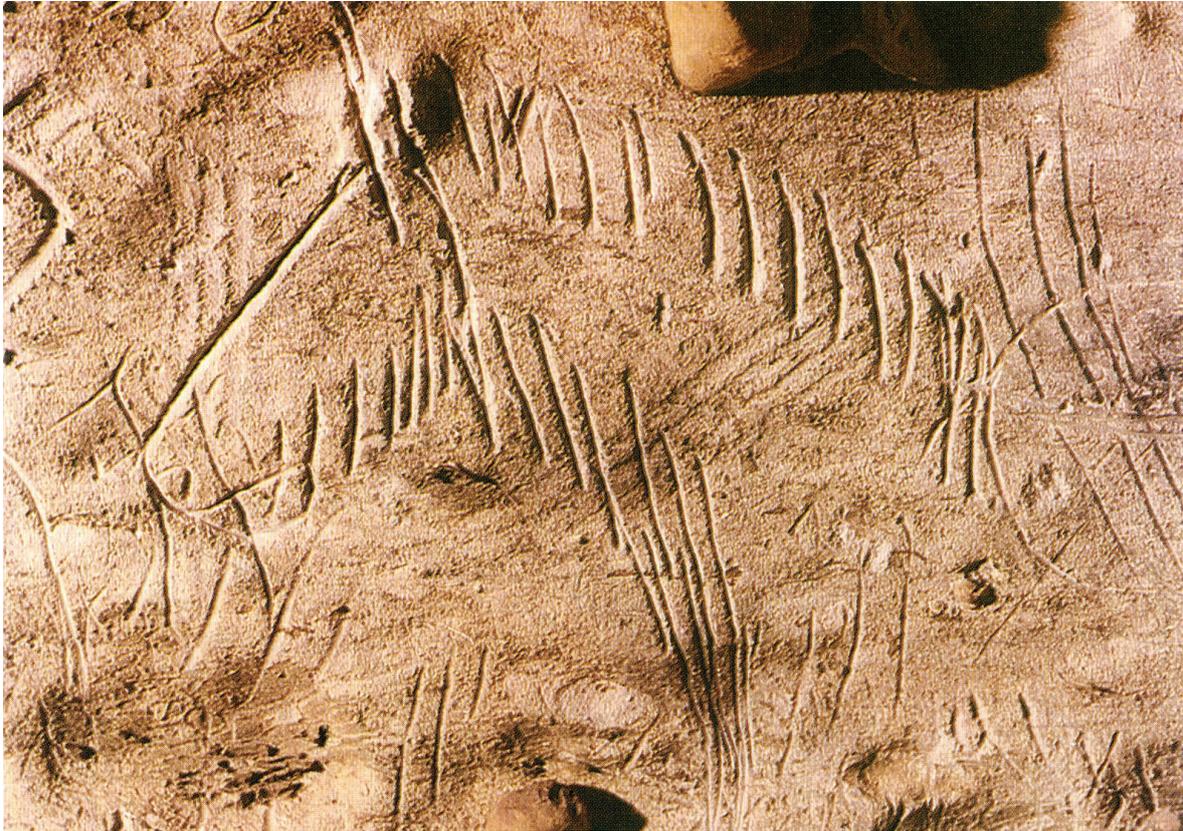


fig.I.9. Relieve procedente de la Cueva de Rouffignac.



fig.I.10. Caballo de crines erizadas de la Caverna de Niaux (12.000 años).

Por su parte en el valle del río Sella, destaca la cueva de **Tito Bustillo** (datada entre 13.450 - 12.300 años, Magdaleniense medio), donde merece resaltar su gran panel de caballos y renos bicromos (fig. I.3), así como la cabeza de caballo (fig. I.11) y el caballo violeta (fig. I.12). También existen caballos en las cuevas de **Las Pedrosas**, **San Antonio** y del **Buxu** (ésta en Cangas de Onís). En la zona de Llanes, **Llonin**, **Coimbres** y **La Loja**, y en el litoral, la cueva de **Pindal**.

En el Valle del Pas, se encuentra **Altamira** (Santillana del Mar) (Solutrense y Magdaleniense antiguo). En Altamira están inventariados 38 bisontes, 10 bóvidos, 26 caballos, 14 cabras, 63 cérvidos, 5 jabalíes, 1 mamut, 1 alce, 1 pez, 1 lobo, 10 figuras indeterminadas, 9 antropomorfos, varios mamuts y existen además casi un centenar de signos.



fig.I.11. Cabeza de caballo en la Cueva de Tito Bustillo.

A Altamira le siguen en interés las cuevas pasiegas del **Monte del Castillo** en Puente Viesgo, **la Pasiega** (fig. I.12), **Chimeneas** y las **Monedas** (fig. I.14), está última catalogada como el único testimonio del periodo de las cuevas santuarios (Magdaleniense reciente, 12.000 – 10.000 años) y donde los caballos (fig. I.13) y bisontes son similares a los encontrados en Niaux.

Por último, destacar que en Cestona (Guipuzcua) se encuentra la cueva de **Ekain**, famosa por sus pinturas en rojo y negro, algunos bicromos, combinados con grabados y cuyos tres paneles principales contienen el conjunto de caballos más perfecto del arte cuaternario (fig. I.15).

I.1.b. Otras cuevas peninsulares

Fuera de la Región Cántabro-Pirenaica, existen otras cuevas paleolíticas peninsulares que se hallan dispersas por una docena de lugares de la España Oriental y Andalucía. De ellas cabe reseñar la cueva de **Parpalló** (Gandia, Valencia), del Solutrense (25.000 – 18.000 años), famosa por sus plaquetas, más de 5.000, pintadas o grabadas. **Piedras Blancas** (Escuellar, Almería), donde se ha descubierto un magnífico caballo, rigurosamente grabado al aire libre.

Y la de **La Pileta**–Pileta de Benaohan-(Málaga)-, según Breuil, de periodo Auriñaciense, donde se han dado a conocer casi un centenar de figuras. Su inventario es el siguiente: 22 caballos,

22 cabras monteses, 12 uros, 15 cérvidos, 6 peces, 1 bisonte, varios indeterminados y numerosos signos. Entre estos signos, destacan –cuatro o cinco- de color rojo, singulares y muy peculiares, los cuales han sido interpretados por algunos como capturaderos, o bien recintos o corrales para tener encerrados los animales apresados. Entre los caballos representados, existe una figura (fig. I.16) de color negro y abultado vientre (acaso una yegua gestante), decorada en su interior con una decena de pares de pequeños trazos negro y rojo. La silueta está muy bien conseguida pero las patas están inacabadas, como corresponde a la época de arte paleolítico a que pertenece.



fig.I.12. Caballo violeta de Tito Bustillo (13.000 años).



fig.I.13. De la Cueva La Pasiega.

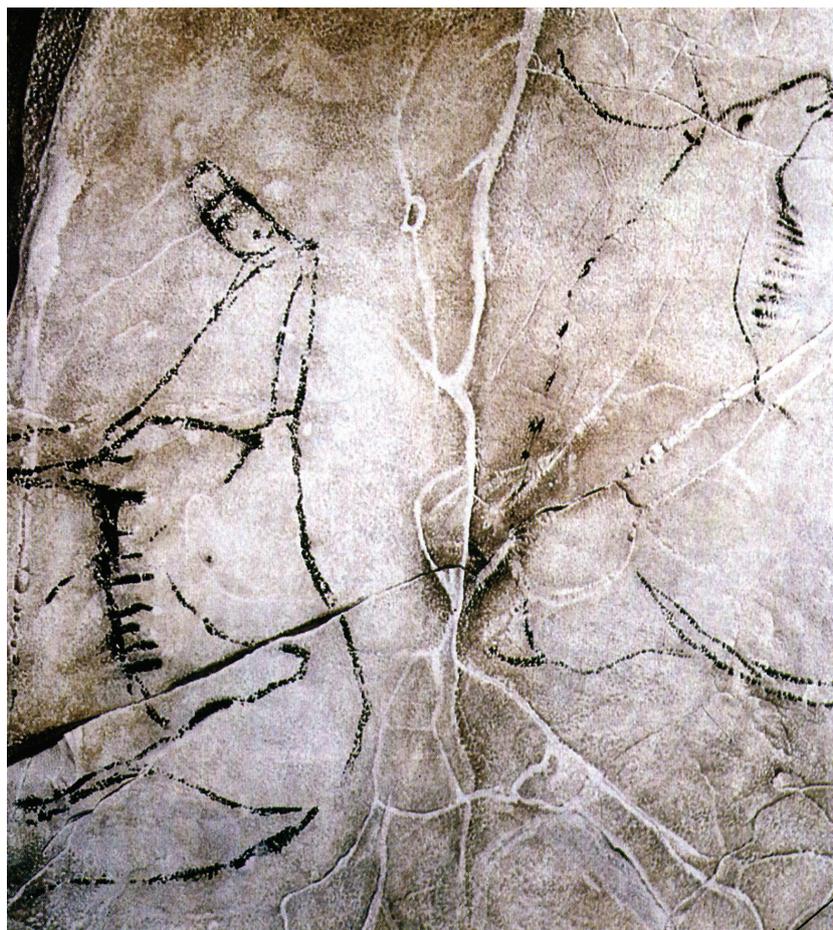


fig. I.14. Las Monedas, Puente Viesgo (11.000 años).

I.2. La presencia del caballo en la Península Ibérica en época paleolítica

Aunque este epígrafe ya ha sido tratado de forma dispersa en párrafos precedentes, parece aconsejable concluir el tema hilvanando los hitos más sobresalientes hallados sobre la presencia y el devenir de los équidos en los periodos paleolíticos en la Península Ibérica.

Pues bien, en el Paleolítico inferior parece que el Sureste peninsular estaba conformado mediante depresiones pantanosas dotadas de amplias estepas que configuraban un hábitat ideal para la cría y producción equina, pues está constatada la presencia de abundantes restos óseos pertenecientes a équidos. El 38% de los restos de huesos datados e identificados de aquel periodo pertenecieron a especies equinas: caballos, asnos, onagros o cebras. Algunos de estos restos Prat¹¹ los identifica como pertenecientes a la especie *Equus caballus*, y por las dimensiones de estos hueso, preconizan que poseían una alzada cercana a los 1,45m. Si aceptamos esta medición de 1,45m sugerida por Prat como la alzada del caballo paleolítico peninsular, ésta resulta notablemente de mayor a las descritas por otros autores en otras partes del planeta, donde la preponderancia de medidas se encuentran entre de 1,10 a 1,30m –véase *Arqueología de los animales*¹²⁻.

11 Prat, 1977.

12 Davis, 1989.

En el Paleolítico medio, también abunda la presencia de restos óseos de équidos peninsulares, destacando especialmente los yacimientos en la zona de Andalucía Oriental.

Respecto al Paleolítico superior, época donde se registran grandes cambios climáticos, asistimos a una importante mengua faunística de las especies macroherbívoras, llegando incluso a la desaparición de algunas de ellas en varias zonas del planeta, como es el caso constatado de los équidos en el continente americano. En el Suroeste de Europa la pervivencia de estas especies nos la proporciona la huella del hombre, quien como modelos los representan en su arte mueble y especialmente en las pinturas rupestres, lo que confirman su existencia y para nosotros también la abundancia de équidos en la zona.

No obstante las numerosas representaciones de équidos en este periodo paleolítico en las cavernas y abrigos de la zona franco-cantábrica (Sur de Francia, Pirineos y Cornisa Cantábrica), contrasta con los escasos restos óseos hallados en este periodo. Parece ser que el caballo resultaba bastante inaccesible para ser cazado por el hombre, sin embargo debieron ser muy abundantes el número de ejemplares implicados en traslados migratorios a través de los Pirineos.

Por las pinturas rupestres realizadas por hombre paleolítico y que han llegado hasta nosotros, los équidos, o mejor los caballos, debieron ser contemplados por éste con mucha atención y cercanía. Ya han sido comentadas las diferencias morfológicas, estados fisiológicos y detalles anatómicos que pueden examinarse en el amplio repertorio rupestre inventariado, ahora desde la contemplación de una extensa parte de este muestrario, nos queremos aventurar a imaginar e intentar describir el prototipo de aquel caballo paleolítico hispano-francés. Como ejemplos de este amplio muestrario podríamos entresacar lo siguiente:

- a) En relación a la **cabeza**.- Aunque en el arte rupestre paleolítico, se observan algunas cabezas de muy pequeño tamaño respecto al équido que se representa (Peche-Merle, Lascaux, Las Monedas de Puente Viesgo), esta desproporción parece obedecer más a la propia composición de la obra que a la intencionalidad con fue realizado, pues en otros équidos como en los de la Cueva de Chauvet, Rouffignac, Niaux, y la mayoría de las cuevas de la Cornisa Cantábrica –Tito Bustillo, del Castillo, las Monedas o Ekain- las cabezas parecen bastante proporcionadas respecto al tamaño corporal. En estos otros casos, la cabeza se representa en general de perfil recto, y bien estructurada de orejas, ojos, mandíbula, ollares y boca (lo que resaltan la viveza del ejemplar). Los caballos de la Cueva de Tito Bustillo (Fig. I.3) resultan los mejores ejemplos para confirmar las características cefálicas enunciadas. Por último, cabe reseñar que en uno de los caballos de la Cueva de Ekain (Fig.I.2), parece incluso que el pintor, en un alarde artístico, nos intenta ofrecer la cabeza como volviendo la mirada del équido a un supuesto espectador situado detrás de su grupa.
- b) El **cuello**.- En general a los équidos se observan representados con cuellos fuertes, proporcionados y bien relacionados con cabeza y tronco (véase Figs. I. 3; I. 11; I. 12; I. 15, entre otras). Su apariencia es la de poseer un cuello poderoso y bien musculados. Atendiendo por esta parte corporal, a la identificación morfológica y dimorfismo sexual, deducimos que la mayoría de sus representaciones pertenecían a la especie de *Equus caballus* de sexo macho (véase la diferencia con la yegua de la cueva de La Pileta, Fig. I.16).
- c) El **tronco**.-Se podría calificar a estos équidos paleolíticos de poseer troncos masivos y de gran longitud, es mas en aras a establecer proporciones entre las partes corporales se ofrecen como de longitud excesiva. El tronco abultado que se observa en la Fig. I. 16, es claramente la representación de un abdomen perteneciente a una yegua en avanzado estado de gestación: la yegua gestante de la cueva de La Pileta (Benaolan). Otro tanto podemos decir de la Fig. I. 14, perteneciente a otra yegua de la cueva de las Monedas (Puente Viesgo).



fig.I.15. Cueva de Ekain.



fig.I.16. Yegua gestante, Cueva de la Pileta, Benaojan (Málaga) (20.000 años).

- d) Los **miembros**.- Resultan los más deficientes en cuanto a la fidelidad anatómica de sus representaciones. Ellos aparecen en las pinturas como inacabados, que se difuminan al aproximarse al supuesto suelo o apoyo. En general los miembros se ofrecen extremadamente cortos respecto a las proporciones corporales, lo que sin duda condicionan la alzada del animal. Las articulaciones y el mismo casco difieren de la realidad, es como si el pintor paleolítico tomara la muestra desde demasiada distancia y a la hora de reproducirlas no recordara con fidelidad sus ángulos articulares y morfología. Una excepción a lo expuesto se observa en un caballo plantado¹³ de Ekain (Fig. I. 2), en el mismo se diseñan con corrección tanto los miembros torácicos como los pelvianos, dibujándose en los anteriores con precisión tanto los carpos: “rodillas”, como el dedo: “menudillo y casco”, y en los posteriores especialmente los tarsos: “los corvejones”.
- e) **Capas, crines y cola**.- Los pelajes debieron ser variados, como lo demuestra el hecho que se representen con manchas (Fig. I. 7), y/o con las regiones más dorsales con tintadas oscuras y las zonas declives -vientre y miembros- aclaradas. En otros casos se representan con puntos, manchas (pequeñas) o rayas esquemáticas por todo el cuerpo, lo que recuerda al caballo “tordo rodado¹⁴”. Por su parte las crines aparecen en muchos casos erguidas, mostrando su propia fortaleza. Y la cola no parece muy poblada.

Así pues por las representaciones rupestres, parece que en el Suroeste Europeo en el paleolítico superior abundaban los équidos –entre ellos especialmente el *Equus caballus*-, y que estos eran muy apreciados por el hombre cavernario, bien como pieza estimada de caza o por la seducción y/o belleza que estas especies le generaba. A buen seguro que los traslados migratorios climáticos tuvieron mucho que ver en toda esta sobrestimación.

Por las representaciones llegadas hasta nosotros parece que el caballo paleolítico de la Península, era en general aparentemente de poca alzada¹⁵, su cabeza de perfil recto, proporcionada y bien estructurada, poseían buen cuello, tronco masivo y alargado, miembros de corta longitud, limitando con ello a los ejemplares en su alzada. Sus pelajes eran variados y sus crines y cola no muy abundante y al parecer pocos sedosos.

13 Plantado de pelvianos: se dice de un caballo aplomado con los cuatro miembros apoyados que quedan los dos miembros posteriores desplazados caudalmente.

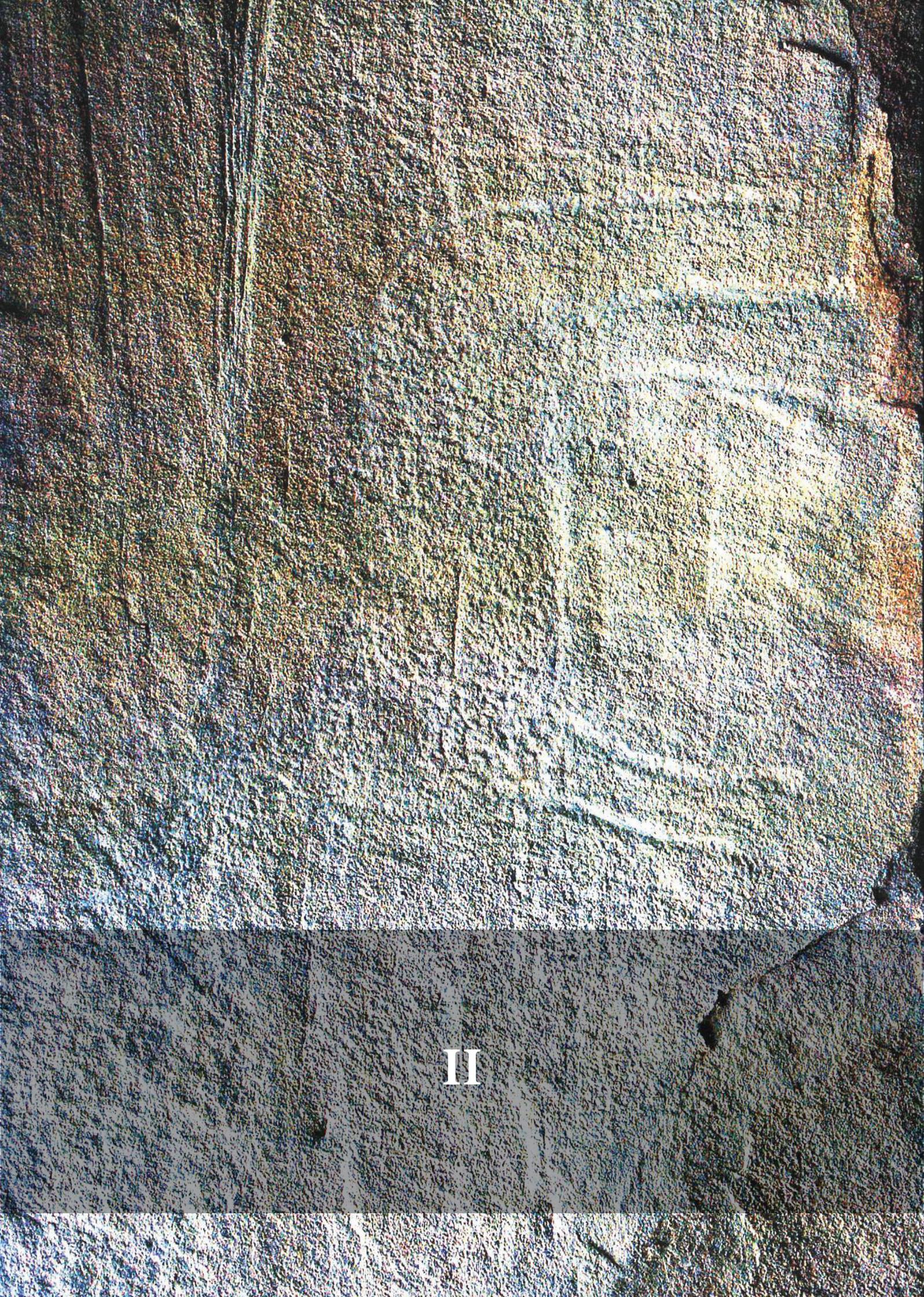
14 Capa gris con manchas que con la edad se va blanqueando.

15 Alzada: altura de un animal aplomado, y se mide como la distancia existente entre el extremo distal del miembro (en contacto con el suelo) a la cruz (accidentes más elevados de las vértebras torácicas 2ª-7ª).

Referencias Bibliográficas

- Agüera, E. (2008). “*Domesticación y origen de la doma y manejo del caballo*”. Lección inaugural, Curso Académico 2008-2009 de la Universidad de Córdoba..Universidad de Córdoba.
- Agüera, E. (2014). “*La domesticación del caballo e Historia de los arneses y útiles de manejo*”. Ed. Diputación de Córdoba. Córdoba.
- Alonso Sillio, R. (1986). “*El modelado interior de los grabados rupestres paleolíticos del norte de la Península*”. Estudio de Arte Paleolítico. Centro de Investigación y Museo de Altamira. Monografía 15. Ministerio de Cultura. Madrid.
- Altuna, J. y Apellaniz, J.M. (1978). *Las figuras rupestres de la cueva de Ekain*. Munibe. San Sebastián.
- Altuna, J. (2002). Los animales representados en el arte rupestre de la península Ibérica. Frecuencia de los mismos. *Munibe* 54, 21-33.
- Anthony, D. W. (2007). *The Horse, the Wheel and Language*. Princeton University Press. Princeton and Oxford.
- Arribas, A. y Molina, F. (1979). *El poblado de “Los Castillejos” en las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada)*. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada. Serie Monográfica, nº 3. Granada.
- Barroso, C. (1983). Avance al estudio cultural, antropológico y paleontológico de la cueva del “Boquete de Zafarraya” (Alcaucín, Málaga). *Antropología y Paleoecología Humana*, 3, 3-12.
- Bökönyi, S. (1972). An early representation of domesticated horse in North Mesopotamia. *Summer*, 28, 35-38.
- Bökönyi, S. (1978). The earliest waves of domestic horses in East Europe. *J. Indo-European St.* 6,17-76.
- Breuil, H., H. Obermaier, y W. Verner. (1915). *La Pileta á Benaolan (Málaga)*. Mónaco. En: *Al-Ándalus y el Caballo*. (1995), Lunweg Editores S.A. Barcelona.
- Chauvet, J.M., E. B. Deschamps, and C. Hillaire. (1996). *Chauvet Cave. The discovery of the World’s oldest paintings*. Thames & Hudson. London.
- Davis S. J. M. (1989). *La Arqueología de los Animales*. Ed. Bellaterra S.A. Barcelona.
- Hyland, A. (2003). *The Horse in the ancient World*. Sutton Pub. Limt. Gloucestershire, England.
- Liesau, C. (2005). Arqueozoología del caballo en la antigua Iberia. *Gladius* XXV, 187-206.
- Madariaga de la Campa, B. (1963). “Estudio zootécnico de las pinturas rupestres en la región cantábrica”. *Zephyrus* XIV, 29-46.
- Riquelme, J.A. (1995). *Presencia de caballo, equus caballus, en el sur de la Península Ibérica. Desde el Paleolítico superior a la Edad Moderna*, en: *Al-Ándalus y el Caballo*. Lunweg Editores S.A. Barcelona.
- Romero, G. (1987). “*El caballo en el arte rupestre paleolítico*”. Estudio de Arte Paleolítico. Centro de Investigación y Museo de Altamira. Monografía 15. Ministerio de Cultura. (67-132). Madrid.
- Ruiz Bustos. (1976). *Estudio sistemático y ecológico sobre la fauna del Cuaternario en las Depresiones Granadinas*. Tesis doctoral. Universidad de Granada.

Uerpmann, H.P. (1979). Informe sobre los restos faunísticos del corte 1. En Arribas y Molina, (1979). El poblado de “Los Castillejos” en las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada). *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada. Serie Monográfica*, nº 3. 153-168.



II

Introducción

Los cambios climáticos habidos durante el Paleolítico superior (35.000-10.000 años), afectaron muy severamente a algunas especies de macroherbívoros, entre las que se hallan los équidos. Estas circunstancias llevaron a éstos en el Continente americano (del norte, hace 20.000 años) incluso al extremo de exterminio, y a una importante mengua faunística equina en Eurasia.

No obstante, aunque la presencia de restos equinos en los yacimientos paleolíticos ha resultado de muy escasa significación, su pervivencia en el Suroeste europeo ha quedado demostrada por las representaciones que el hombre hizo sobre ellos. Así pues, el caballo se muestra cómo una de las imágenes más abundantes que dejaron nuestros antepasados en forma de arte mueble, y muy especialmente como grabados y pinturas parietales en cuevas y abrigos que habitaron.

Entre las primeras iniciativas culturales del hombre, se constata que, al menos los europeos, tenían una predilección por el caballo, pues desde Europa Occidental hasta Siberia, se han encontrado en forma de arte mueble figurillas de équidos. Como ejemplo más representativo de este arte mueble paleolítico, cabe destacar a las figurillas de mamut y caballo en marfil, descubiertos en Vogelherd en el valle del Lone cerca de Stetten (Alemania), datados con una antigüedad de 33.000 años.

Estos hechos quedan aún más magnificados al contemplar el desarrollo del arte rupestre, que tuvo su mayor época de esplendor durante el periodo Solutrense y de modo especial tras la última glaciación en el Magdaleniense (16.000-13.000 años). En este arte rupestre el caballo o mejor el équido, resulta la figura más representada, pues han sido inventariados, hasta la fecha, más de 600 representaciones de estas especies. Todo ello hace pensar sobre la abundancia de équidos en las regiones donde se representaron, es decir en el **Sur de Francia y Norte de España**.

Por las representaciones llegadas hasta nosotros parece que el caballo paleolítico de la Península, era en general de aparente poca alzada; su cabeza de perfil recto, proporcionada y bien estructurada; poseían buen cuello, tronco masivo y alargado, y miembros de corta longitud, (limitando con ello a los ejemplares en su alzada). Sus pelajes eran variados y sus crines y cola no muy abundantes.

Breve semblanza histórica en el desarrollo de los hechos

Los équidos –el caballo, el asno, el onagro y los híbridos de estos-, habían sido cazados e incluso puede que su atención inicial por estas especies se hiciera con la perspectiva de provisión de alimentos (carne y después leche), pero después su domesticación, el hombre encontró un valor añadido: el aprovechamiento de su energía como ayuda y colaborador en la organización social de los poblados y el desarrollo de la civilización.

El caballo, según los expertos, al día de hoy, fue domesticado a partir del caballo salvaje (*equus ferus*) y se señala que este hecho aconteció en las estepas Euroasiáticas entre Mongolia y Kazajstán, cercano al 4.000 a.C.. Por su parte el asno -del asno salvaje (*equus asinus*)- y parece que aconteció en el Próximo Oriente alrededor del 3.500 a.C..

En el norte y centro de Europa no aparecen yacimientos con restos de caballos aparentemente domesticados hasta el periodo del Bronce antiguo (2000 a.C.). Hacia el 1600 a.C. era bastante común su presencia en Europa Central.

No obstante, estudios citogenéticos recientes, realizados mediante test mitocondriales de ADN en caballos (domesticados) de diferentes razas, han concluido que estos procedían de distintos (al menos 17 grupos) grupos genéticos, los cuales fueron domesticados en al menos seis localizaciones geográficas diferentes.

Además, estos estudios citogenéticos, abren la puerta a considerar en la Península Ibérica un foco primario en la domesticación del caballo. Por otra parte, el arte rupestre levantino peninsular, por su propia naturaleza de representaciones de escenas de équidos y composiciones acompañadas de figuras humanas, resulta lo suficientemente significativo como para valorar, durante aquella época epipaleolítica, la relación de los équidos respecto al hombre. De todo ello se infiere que independientemente de otros focos geográficos de domesticación, en la Península Ibérica se produjo, también, la domesticación de los équidos como un foco primario.

II. Mesolítico y Neolítico: la domesticación del caballo

A finales del Paleolítico superior, se produce una desaparición aparentemente brusca del arte parietal en el Suroeste europeo. No obstante, por lo que nos interesa en cuanto a sus representaciones de este arte parietal, arqueológicamente está demostrado que el caballo pervive en la Península postglaciar. El hecho de la recesión pictórica en el mesolítico peninsular, podría deberse a otras motivaciones como que el hombre o bien encuentra otras prioridades en su vida, o bien ante el aumento de la temperatura climática, opta por instalarse en otros lugares abiertos más apetecibles que las cavernas de montañas y valles.

Además la revolución neolítica significó un cambio trascendental en la historia de la humanidad, pues en esta época fue cuando se produjo el cambio del hombre recolector al hombre productor. Ello supuso el inicio de la domesticación de algunas especies vegetales y animales, aconteciendo con ello “la revolución en la producción de alimentos”. Pero esta partida trascendental de la humanidad, se estaba jugando en otro lugar del planeta, concretamente en el suroeste de Asia, en las llanuras y estribaciones mejor regadas de Irak, Siria e Israel, donde el clima cálido y húmedo postglaciar se volvió aún mas seco.

Ante esta bonanza climática y la aparición de nuevas especies como las gramíneas, se produjo un incremento demográfico tal que llevó al homo sapiens a buscar y encontrar otro tipo de vida. Es entonces, entre el 11.000 y el 4.000 a.C., cuando el hombre pasa paulatinamente de recolector a productor. Ello supuso la gran revolución neolítica, desencadenando la domesticación de plantas y animales y de este modo el nacimiento de la agricultura de semillas y del pastoreo.

Aunque se cifran al menos siete zonas distintas del planeta donde apareció la agricultura, todos coinciden en que “el creciente fértil”, entre los ríos Eúfrates y Tigris, fue si no el primero, uno de los primeros lugares donde se iniciaron estos acontecimientos. Entonces, se controló el ciclo productivo de la cebada, trigo, arroz y mijo así como otros cultivos, y se domesticó, el perro, la oveja, la cabra, los bóvidos y el cerdo. Estos hechos propiciados por la acción del hombre, ocasionaron que estas especies intensamente explotadas compitieran muy favorablemente con las otras plantas y especies animales silvestres. También resultó trascendente para el devenir de las especies domesticadas que se fueran sacrificando los animales más desafiantes, dejando selectivamente los más gregarios. Con todo ello, se modificó el nicho ecológico, el territorio y su hábitat.

Estos hechos abocaron a la organización social de los poblados, al nacimiento de las ciudades, a las mejoras de los sistemas de riego, a la aparición de la ingeniería hidráulica, al intercambio y transporte y en definitiva al nacimiento de las civilizaciones. Los seres humanos y algunos de sus

animales domesticados, tuvieron que trabajar para cambiar el entorno. Y entre estos animales de los que aprovechó el hombre su energía para el trabajo, toman un protagonismo relevante las especies que tratamos: las de los équidos.

II.1. La domesticación

Una especie animal o vegetal se considera domesticada cuando el hombre logra intervenir en el control de su reproducción. La evolución de una especie domesticada resulta primordialmente de la selección artificial, dejando a la selección natural un papel subsidiario. El proceso de domesticación supone la separación (parcial o completa) de los animales de sus semejantes salvajes.

Existen animales como el órix o la hiena que los antiguos egipcios mantenían en cautividad pero nunca lograron domesticarlos; igual ocurrió con otras especies poco gregarias como el ciervo, el antílope o el chacal. De todas las especies existentes hace entre 10.000 y 5.000 años, tan sólo unas pocas tuvieron éxito en su domesticación. Estas fueron aquellas que mantenían de forma natural entre sus individuos una estructura social jerarquizada, conformada por animales sociales y gregarios, que establecen en su convivencia cortas distancias entre ellos y tienen tendencia a su agrupación. Además, favorece a esta domesticación la existencia de periodos prolongados de inmadurez, donde se establecen unas estrechas relaciones entre la cría y la madre, así como entre los animales jóvenes y el resto del rebaño. De hecho, la mayoría de las especies salvajes que el hombre ha conseguido controlar su manejo y reproducción, tienen un comportamiento y una estructura social que auspicia su agrupación natural en rebaños, entorno a uno o varios líder/es, y ofrecen una gran dependencia materna durante la inmadurez temporal de sus crías.

La domesticación de los animales, como la de las plantas, fue un gran avance del hombre durante el holoceno inferior, produciéndose estos hechos, según los conocimientos actuales, en distintos lugares y cronologías de Asia y América. Sin embargo parece que las más antiguas experiencias se inician en el “creciente fértil”, en el arco territorial que comienza en el Sinaí, recorre Siria y Líbano, sur de Anatolia y se extiende por la cordillera de Zagros.

El primer animal domesticado por el hombre fue el perro, como compañero cazador. Este hecho está datado en el 10.000 a.C., o sea hace 12.000 años, y casi con toda probabilidad se produjo en el Próximo Oriente. La especie salvaje originaria del perro, tras el estudio de su cariotipo, se ha demostrado que fue el lobo (*canis lupus*). En la Península Ibérica se encuentran restos de su aparente domesticación en los yacimientos de Cuartamentero (Asturias) y probablemente en Balma de l'Espluga (Barcelona), con cronologías del epipaleolítico (9500-7000 a.C.)¹⁶.

Con posterioridad, el hombre ya pastor-productor, domesticó del muflón asiático (*ovis orientalis*) a la oveja, y de la cabra bezoar (*capraa egarus*) a la cabra, estos hechos se produjeron hace 9.000 años en Turquía meridional y en Irán occidental, respectivamente. El bóvido procedente del urus (*bos primigenius*) y el cerdo del jabalí (*sus scrofa*) se domesticaron originariamente en el Sureste Asiático y China hace 8.000 años. Y el gato, del gato salvaje (*felis silvestrus*), cercano al 6.000 a. C. en el Próximo Oriente. Otras domesticaciones como las del camello, la llama, el conejo, la gallina y el pavo son de épocas más tardías y de diversas localizaciones mundiales.

Los équidos, sin duda, habían sido cazados, e incluso puede que inicialmente su atención de domesticación se hiciera con la perspectiva de provisión de alimentos (carne y después leche),

¹⁶ Rubio de Miguel, 1986.

pero ante las nuevas necesidades de los seres humanos para cambiar su entorno¹⁷, encontraron en su domesticación un interés añadido, esta vez como aprovechamiento de su energía animal, como auxiliar y colaborador del desarrollo.

Una labor importante de los arqueozoólogos, sin duda, ha sido determinar la especie salvaje que fue precursora de una determinada especie domesticada, así como reconocer, en el lugar del yacimiento, cuales desde una determinada época estaban domesticadas¹⁸ y cuáles eran pertenecientes a especies salvajes del lugar. Como ejemplo a este debate puede valer nos observar lo acontecido con la oveja. En la actualidad existen seis especies diferentes de ovejas salvajes que se encuentran en Próximo Oriente, en Asia y en la parte occidental de Norteamérica. El estudio citogenético¹⁹ de estas especies y la doméstica, llevó a la conclusión que sólo el musmón asiático²⁰ de Anatolia y Persia Meridional cuenta con el mismo cariotipo (54) que la oveja doméstica. El urial del Nordeste de Persia tiene 58, y el argalí, 56, y la oveja de las nieves, 52.

II.1.a. La domesticación de los équidos

Los équidos –el caballo, el asno, el onagro y los híbridos de estos-, como ya ha sido apuntado, sin duda, habían sido cazados e incluso puede que su atención inicial por estas especies se hiciera con la perspectiva de provisión de alimentos (carne y después leche), pero pronto el hombre encontró en su domesticación un valor añadido, esta vez mediante el aprovechamiento de su energía como auxilio y colaborador en la organización social de los poblados y el desarrollo de la civilización.

El caballo, según los expertos, al día de hoy, fue domesticado a partir del caballo salvaje *equus ferus*, se señala que este hecho aconteció en las estepas Euroasiáticas entre Mongolia y Kazajstán, cercano al 4.000 a.C.²¹ (Bökönyi, 1972). Y el asno, del asno salvaje (*equus asinus*), fue en el Próximo Oriente alrededor del 3.500 a.C..

Pues bien, muchos expertos consideran que el caballo fue domesticado a partir del tarpán, un caballo salvaje, el *equus ferus ferus*, que habitaba en las estepas de Europa oriental, Sur de Rusia y Ucrania. El tarpán como caballo salvaje se extinguió en Ucrania a finales del siglo XIX de nuestra era²². Personalmente también me inclino por aceptar esta tesis sobre el tarpán como origen de las distintas razas de caballos domésticos que pueblan el planeta. Sin embargo, otros especialistas particularmente los hipólogos, mantienen que el origen de nuestro caballo fue el *equus ferus perzewalskii*, también originario de las estepas euroasiáticas, único caballo salvaje que pervive en nuestros días. No obstante, su estudio citogenético ha demostrado que el *perzewalskii*, cuenta en su cariotipo con 66 cromosomas, mientras que todas las razas de caballos domésticos poseen en su cariotipo sólo 64 cromosomas.

17 Huertos, campos, rebaños; agruparse para producir y guardar los excedentes; transportar estos productos y protegerse de otros grupos humanos

18 Los hechos que demuestran la domesticación de una especie, son, entre otros: aparición en la zona de especies extranjeras, cambios morfológicos y de tamaño, alteración de las especies del lugar.

19 Se analiza el cariotipo, número de cromosomas y morfología de sus ramificaciones.

20 El musmón de Chipre, Córcega, y Cerdeña, no son estrictamente animales salvajes, sino animales asilvestrados.

21 La cultura Botai, desarrollada entre el 3500 y 3000 a.C. al Norte de Kazajstán, parece que dominaba las técnicas de caza de caballos. Procedentes de 150 depósitos se han hallado cientos de miles de huesos, de los que el 65%-98% pertenecían a caballos –caballos de Botai-, que por los estudios realizados con esta intención, se han considerado pertenecían a rebaños domesticados para el aprovechamiento de carne. Parece que en esta cultura, el caballo junto al perro, fueron las primeras especies domesticadas.

22 Bökönyi, 1978.

Ciertamente que el cambio de 66 a 64 cromosomas en el cariotipo del caballo *perzewalskii* salvaje al doméstico, pudiera haberse producido después de la domesticación: difícil aunque no imposible. No obstante, resulta más probable pensar que el caballo derive de un antecesor salvaje de 64 cromosomas. De ahí, que aunque no contamos con datos citogenéticos sobre el extinguido tarpán, es más fácil pensar que aquel caballo del sur de Rusia tenía 64 cromosomas, que mantener el hecho de que después de la domesticación, se ha producido la modificación del cariotipo de nuestro caballo, respecto al todavía existente *perzewalskii*. Un reciente estudio publicado en *Population Biology*²³, donde se realiza un test mitocondrial de ADN a 600 caballos pertenecientes a 25 razas diferentes, ha concluido que estos procedían de al menos 17 grupos genéticos distintos, los cuales fueron domesticados en al menos 6 localizaciones diferentes. Por tanto, determinar dónde y cuándo se produjo la domesticación del caballo no puede ser tratado de un modo simplista. No obstante, este estudio no descarta que la primera domesticación del caballo se realizara en las estepas Euroasiáticas, y casi con toda probabilidad con el objetivo primario de producir carne.

Tampoco sería descartable suponer que dicha domesticación se produjera entre Mongolia y Kazajistán alrededor del 3.500 a 3.000 a.C. y se utilizaran como rebaños de vida para aprovechar también la leche²⁴ de las yeguas de sus piaras. En cualquier caso, los expertos consideran que los équidos fueron domesticados en el norte del Cáucaso, a principios del IV milenio o finales del III a.C. Incluso vaticinan como la fecha más tardía en relación a su objetivo secundario de aprovechamiento de energía, pudo ser a mitad del III milenio a.C.²⁵ Lo que al parecer está demostrado, es que en Mesopotamia –en **Norsun-Tepe**, **Tepe Cik** y **Tulintepe**–, es hasta la fecha la región donde existen los testimonios más abundantes de dicha domesticación, ésta se produjo después de que, en los milenios IV y III, se introdujeran desde el Norte a través del Cáucaso los équidos y especialmente el caballo.

Ciertamente que estas aseveraciones dejan en entredicho la clásica panacea sobre la monta o tracción del caballo sometido o domesticado que propició Marsha Levine²⁶, quien mantenía que en el yacimiento de Dereivka en Ucrania, datado entre el 4.000 y 3.500 a.C., había identificado restos pertenecientes a un équido de 5-10 años de edad, con marcas en los dientes (primeros premolares) ocasionados por el roce de una pieza dura (de asta o hueso), primera evidencia del uso de bocado, así como observado alteraciones en los restos de los huesos de los hombros, dorso y miembros pelvianos. Todo ello, según Levine era consecuencia que aquel animal había realizado en vida trabajos de tracción animal y/o carga. Con posterioridad se comprobó que estos restos pertenecían a una época mucho más tardía, al tratarse de una posterior intromisión de otros restos en el pozo del yacimiento por ella investigado.

Al no poder dar validez al hallazgo de Levine²⁷, se retrasa la datación de monta o tracción del équido, quedando como primera información fiable, hasta la fecha, el **yacimiento de Botai** en Kazajistán fechado entre el 3.500 y 3.000 a.C., donde se describen otras mandíbulas sobre las que se perciben unos desgastes dentarios achacables a usos de sometimiento animal. A partir

23 Jensen et al., 2002.

24 Outruman et al., 2009, han determinado sobre restos de vasijas provenientes de la Cultura Botai, datadas de 3.500 años a.C., presencia de leche de yegua.

25 “The Domesticated Equidae of the Third Millennium B. C. Mesopotamia”, Zarins, 1987. Citado por Hyland, 2003.

26 Citado por Davis, 1989.

27 En 2004, Levine (2004), indica que las propuestas de domesticación del caballo oscilan entre el Neolítico y el Bronce medio, en las estepas euroasiáticas o en Europa Occidental, en uno o en varios lugares de modo más o menos simultáneo, y como alimento, para la monta o para tracción.

de finales del III milenio (sobre el 2.800 a.C.), se refrendan estos hechos por la aparición de evidencias artísticas²⁸.

Lo que parece ofrecer una menor discusión, es que el onagro persa, *equus hemionus*, y el asno, *equus asinus*, fueron los predecesores salvajes del onagro y asno. Ambos équidos fueron domesticados para su uso como energía animal y con toda probabilidad precedieron de modo generalizado en el tiempo al propio caballo, al menos en el creciente fértil.

El asno, *equus asinus* o *equus africanus*, originario de Egipto y Norte de África, así como en el Sureste de Asia, parece que fue utilizado durante mucho tiempo en Egipto (probablemente hasta la invasión de los Hicsos). Por su parte el *equus hemionus*, onagro o hemión, un animal de pequeña talla – alrededor de 1,00 m a la cruz –, vivaz, arisco y muchas veces rebelde, del que se conocen de varios tipos y procedencias (hemión de Mongolia, el onagro de Irán, el asno salvaje de Siria), fue utilizado en la primitiva Mesopotamia. Otros équidos que también se utilizaron en los primitivos pueblos para el trabajo, fueron los híbridos de estas especies, y con posterioridad el mulo, híbrido de caballo-asno.

Con toda seguridad el asno, el hemión y alguno de sus híbridos, precedieron, al menos en Mesopotamia, al caballo. Éste no logró imponerse en el escenario que comentamos hasta 1.800 a.C., incluso una vez introducido el caballo en la región, durante bastante tiempo sus habitantes siguieron teniendo preferencias por los otros équidos domesticados. Esto se puede constatar en una de las ciudades caravaneras de Mari en el alto Eúfrates, **cartas reales de Mari**, donde se insta a Zimrilim su monarca más importante, que en su viaje no monte en caballo dado que éste era considerado un animal salvaje²⁹.

En cuanto a los yacimientos que ilustran estas aseveraciones, podemos reseñar **Norsun Tepe** en el Este de Anatolia, donde fueron identificados restos de équidos de la primera mitad del III milenio a.C.³⁰ y algo más posteriores son los yacimientos datados en el bronce antiguo (2.200-2.080) en **Arad**, al norte de Negev³¹. Asimismo es revelador la figurilla de un animal, casi con toda probabilidad un asno, cargado con dos alforjas, del yacimiento calcolítico de **Givantayin**, Israelí³². En China el caballo doméstico, aparece por primera vez algo más tarde, no antes del siglo XIII a.C.³³

En el norte y centro de Europa³⁴ no se hallaron yacimientos con restos de caballos aparentemente domesticados hasta el periodo del Bronce antiguo (2000 a.C.), y hacia el 1600 a.C. era bastante común su presencia en Europa central.

En la Península Ibérica, como trataremos a continuación, los hechos sucedieron de otra manera, pues está demostrada la existencia de équidos en el holoceno inferior e incluso creemos que con ellos se produjo un foco propio (primario) de domesticación. Es más de confirmarse, este hecho obligaría nada más o nada menos que a modificar o puntualizar el concepto acerca de que la domesticación, al menos de alguna/s especie/es en la Península Ibérica, fue un fenómeno

28 En Del Tell Taya, al norte de Irak, ha aparecido una cabecita de équido de terracota, que señala una tosca cabezada, 2.500-2.300 a.C., en Quesada y Blázquez, 2005.

29 “Que mi señor conserve su dignidad real. Que mi señor no monte a un caballo, sino que viaje en un carro con mulas”. De archivos reales de Mari, VI, en Bökönyi, 1972.

30 Identificados por Boessneck y von den Driesch, considerados caballos salvajes. Citados por Bökönyi (1978), quienes consideran que pudieron haberse domesticado.

31 Davis, 1989, quien no asegura que hubieran sido domesticado, aunque discute sobre el hecho que el caballo no aparece en los yacimientos israelíes del Mesolítico, Neolítico y Calcolítico, por lo que pudieran ser domesticados.

32 Davis, 1989.

33 Hyland, 2003.

34 No obstante cuando se trate sobre las pinturas del arte levantino se discutirá acerca de la posible domesticación del caballo en la Península Ibérica anterior a esta época.

importado e irradiado a partir del “creciente fértil”. De este modo se ve aalterado un apasionante problema cronológico cultural que incide en el conocimiento de la historia económica de la humanidad, teniendo por tanto este hecho trascendencia, por lo que en sí mismo significa, en un orden mundial.

Las bases en que se fundamenta esta hipótesis son, de una parte el trabajo realizado recientemente por Lira et al³⁵, quienes mediante un estudio citogenético sobre ADN mitocondrial con restos de 22 caballos ibéricos³⁶, han descubierto que algunos linajes mitocondriales de los caballos ibéricos domésticos actuales ya estaban presentes en caballos ibéricos al comienzo del neolítico, estos linajes mitocondriales continúan apareciendo en los restos de la edad de bronce y también se presentan en los caballos ibéricos de la edad media y actuales. Con estos resultados, Lira et al., sugieren la posibilidad que en la Península Ibérica se hubiera producido un evento de domesticación equina independiente, respecto al hasta ahora convencionalmente aceptado por los expertos que apuntan al Norte del Cáucaso como el lugar de su domesticación. Por otra parte, Agüera y Martín de la Cruz³⁷, inspirados por esta sugerencia, procedieron, con esta intención, a la relectura de las imágenes de 150 abrigos o covachas pertenecientes al “arte levantino” peninsular, encontrando en catorce de ellos argumentos suficientes como para refrendar dicha hipótesis.

II.2. El arte levantino peninsular

Tras la gran variación climática postwurmiense, se ha postulado incluso la extinción del caballo en amplias áreas europeas, sin embargo en la Península Ibérica se ha comprobado que aunque desde la época Solutrense su presencia disminuyó significativamente siempre se hallaron pruebas de su pervivencia. Los restos procedentes de yacimientos del País Vasco (Fuente Hoz, La Renke, Kobaderra) y Navarra (Zatoia, Mendandieta, La Peña Larga, y los Cascajos), demuestran que, aunque en menor medida, los équidos se mantuvieron a lo largo de los inicios del holoceno.

Durante el epipaleolítico se abandonan las representaciones rupestres de animales y de este modo perdemos la posibilidad de seguir testando por esta vía la importancia o no del caballo. Sin embargo volvemos a encontrar restos de estas especies en la Serranía del Maestrazgo en el nivel III de Cova Fosca a principios del VII milenio a.C.³⁸, los cuales sus investigadores, además, interpretan como fuera de su biotopo y de tamaño inferior al normal en estado salvaje³⁹.

El paso de la economía predadora a la productora, con el inicio de la domesticación de algunas especies vegetales y animales, significó un cambio trascendental en la historia de la humanidad, aunque la implantación de su invención o aprendizaje fuera lenta y arrítmica, en función de los territorios y de las tradiciones culturales de sus habitantes. En la Península Ibérica está comúnmente aceptado que la agricultura y domesticación representan un fenómeno importado, y que éste no se produjo antes de principios del VI milenio a.C.⁴⁰

35 Lira et al. 2010.

36 Procedentes del yacimiento Meso-neolítico de Cova Fosca (Castellón) (dos muestras de niveles neolíticos), y otras veinte proceden del Portalón de la Cueva Mayor de Atapuerca (Burgos), con cronología de la edad del bronce, y de la edad media, para comparar sus resultados con el ADN mitocondrial de caballos modernos ibéricos.

37 Agüera E. y J.C. Martín de la Cruz (2010).

38 Precisamente aquellos que están estudiados citogenéticamente su ADN mitocondrial, Lira et al., 2010.

39 Olarí y Gusi, 1983.

40 Rubio de Miguel, 1986; Martí Oliver y Juan Cabanilles, 1987.

Como se ha apuntado, los mayores hallazgos arqueológicos sobre la presencia del caballo en esta época son en forma de restos faunísticos, aunque aún resulta más significativa la evidencia de representaciones pictóricas en cuevas y abrigos. Estas pinturas, aprovechando que el nuevo artista está más interesado en ofrecernos representaciones de acción (que aquellas imágenes de morfología paleolítica), nos sugiere mediante escenas cotidianas de caza, ritual o conmemorativas de sucesos colectivos o individuales el acercamiento del hombre al caballo.

Así pues, lo que exponemos a continuación consiste en una lectura personal, desde el punto de vista del comportamiento animal, de las imágenes de équidos existentes en abrigos y/o covachas del catalogado “arte levantino” peninsular. Asimismo procede explorar la posibilidad de incidir en la discusión sobre los inicios del Arte Levantino, desde la perspectiva de optimización del sistema de aprovechamiento a lo largo del epipaleolítico.

Pues bien, el denominado “arte levantino” peninsular trata de un arte prehistórico postpaleolítico en vías de concretarse temporalmente, pero no ausente de controversias. Este se localiza en un centenar y medio de covachas y/o abrigos rocosos muy abiertos, extendidos desde Lérida a Almería con tres focos principales de frecuencia: a) la serranía de Albarracín (sur de Teruel y norte de Cuenca); b) región del Maestrazgo y bajo Ebro (sur de Tarragona y mitad norte de Castellón), y c) sur del País valenciano (sur de Valencia, Alicante y área oriental de Murcia).

En el mismo, se representan figuras de animales de pequeño tamaño junto a otras que pueden alcanzar hasta los 60-70cm, en escenas y composiciones solas o acompañadas de figuras humanas. Las imágenes se muestran estilizadas, vigorosas, llenas de vitalidad y en movimiento. Entre las figuras animales identificadas, los équidos, en su mayoría caballos, no son numéricamente los más representados, incluso hubo un tiempo que su presencia fue considerada como insignificante; de hecho no aparecen en el territorio alicantino. Le sobrepasan en su representación, las más abundantes imágenes de cérvidos y cabras, así como también, aunque en menor número a éstos, los toros y jabalíes. Las pinturas se realizan utilizando pigmentos naturales, muchas veces en tinta plana, en tonalidades rojas (cobrizas, anaranjadas, y otras), negras e incluso blancas, que se han empleado también con criterio cronológico, siguiendo la secuencia general de: rojo claro/blanco, rojo violáceo, carminado o castaño, negro y anaranjado.

II.2.a. Abrigos y/o covachas con representaciones de équidos

Para el caso que nos ocupa, parece oportuno entresacar las siguientes representaciones:

A.- De la Serranía de Albarracín, en las zonas de Arrastradero y Pinares del Navazo.

“Fuente del Cabrerizo” o “Peña del Barranco del Cabrerizo”. Sobre un muro en vertical encontramos dos grabados, un tosco équido, y un cérvido muy mal conservado de desproporcionado cuello respecto al cuerpo. El équido de dimensiones de 40x46 cm, se representa grabado mediante una incisión en “V” profunda, en su representación se dirige hacia la izquierda y se ofrece con los miembros estilizados sobre el que a Lagarde⁴¹ le parece ver un jinete aún mas estilizado (véase fig. II.1).

⁴¹ Lagarde, 2004.

“**Abrigo de los Toricos del Prado del Navazo**”. Debido a lo temprano de su descubrimiento, al naturalismo de sus figuras, el tamaño de sus bóvidos, así como por el pigmento blanco utilizado, este abrigo resulta uno de los yacimientos del arte levantino más conocidos internacionalmente. En el mismo, existe una escena (fig. II.2) de grandes bóvidos (un toro y dos vacas) que miran hacia el centro de la cueva, y entre ellos está *dibujado un équido* –claramente un caballo- de figura esbelta que se expresa atento en su actitud, con la cabeza levantada y como expectante junto a los otros bóvidos a una lejana escena de caza de la que intuye podría verse afectado. Este yacimiento está catalogado de época epipaleolítica y/o neolítica.

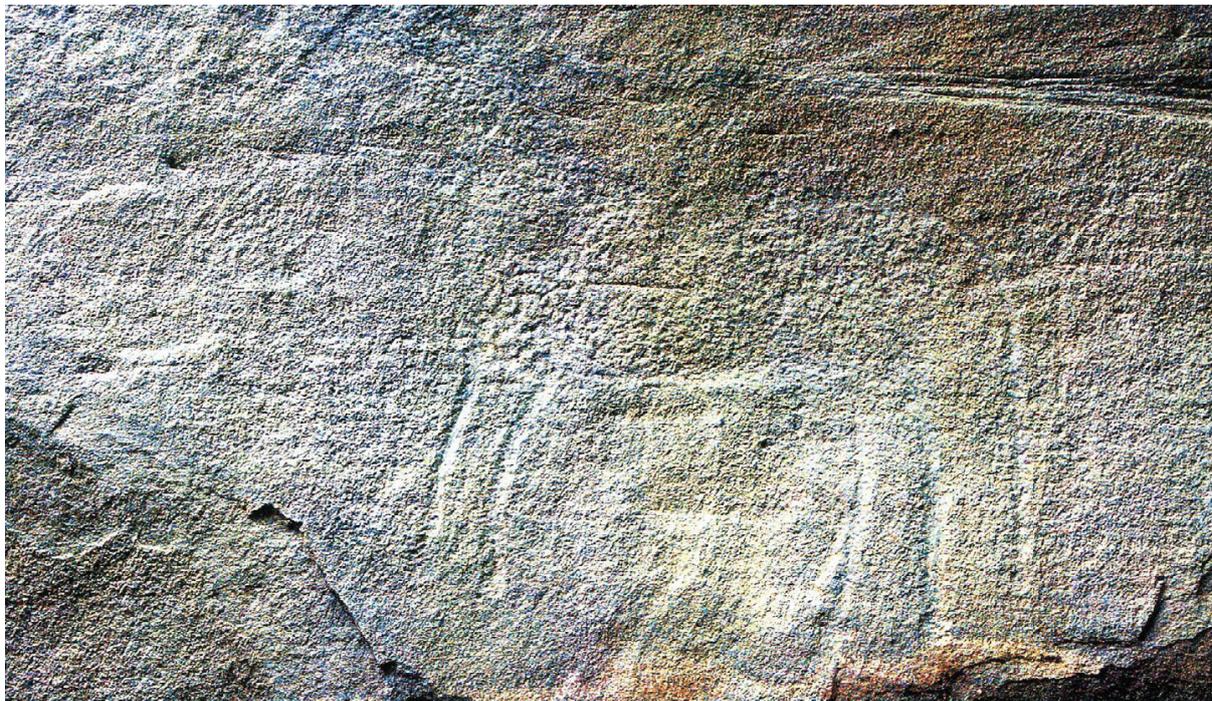


fig.II.1. Grabado de équido en “Fuente del Cabrerizo” de la Serranía de Albarracín (Teruel). Lafarga (2004), insinúa la presencia de un jinete sobre este tosco caballo.

“**Abrigo del Tío Campano**”. En una zona muy irregular de la pared sometida a una fuerte erosión, tan sólo se ha salvado una pequeña zona triangular donde se representa un équido con *manchas rojas* (fig. II.3). El caballo, lo dibujan Collado, Herrero y Nieto⁴², cogido desde la boca mediante un posible ronزال. Cercano al équido, quedan restos de otra figura que bien pudiera ser un antropomorfo que tiraría del citado caballo. Algunos autores se han atrevido a interpretar esta escena, como una posible muestra de domesticación, o también como de caza o captura previa a la domesticación.

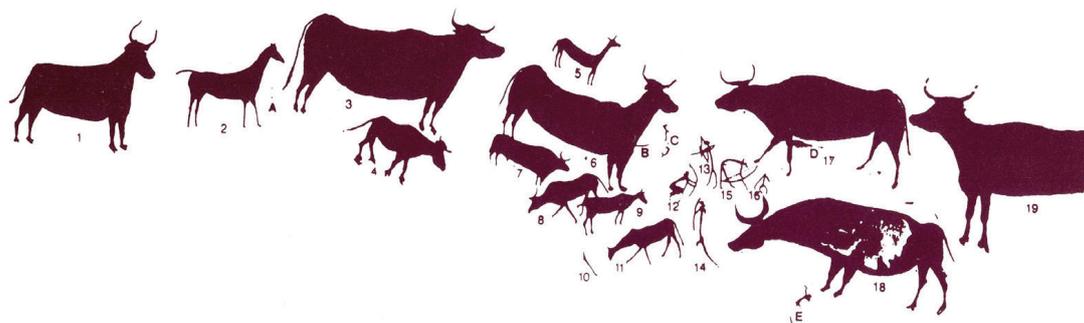


fig.II.2. “Abrigo de los Toricos” de Prado del Navazo de la Serranía de Albarracín.

⁴² Collado, 1992

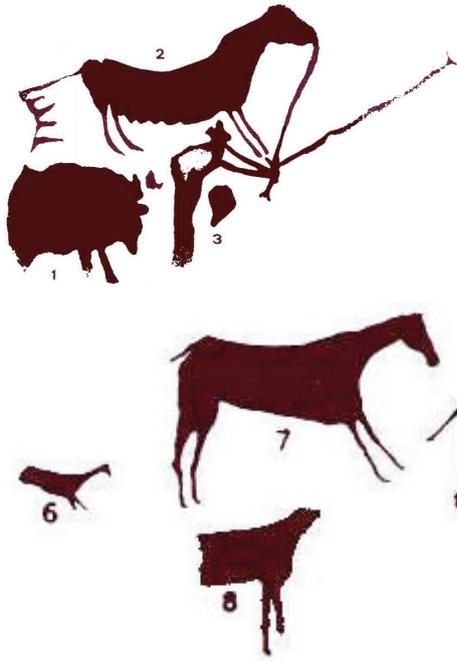


fig.II.3. Pinturas rupestres de Serranía de Albarracín del "Abrigo del Tío Campano". (Collado, 1992) representa al équido cogido por un ronزال del hocico.

fig.II.5. Representaciones de las pinturas rupestres existentes en el techo poligonal del "Abrigo de Medio Caballo". Obsérvese una yegua, un caballo, y otros dos menores.

"Abrigo del Medio Caballo". Hasta su descubrimiento, se pensaba que la presencia de équidos en el arte rupestre de la Sierra de Albarracín era insignificante, sin embargo con su publicación se presentaron varios ejemplares y tras una más reciente revisión, Piñón⁴³ catalogó hasta veintiocho figuras de las que identifica.

La rareza de este abrigo reside en que una gran cantidad de las imágenes están en el techo, el cual queda muy próximo al suelo y por lo tanto poco visibles; además existen otras figuras en paredes y (algunas) en el suelo. Así en un trozo de techo que tiene forma poligonal (en figs. II.4 y 5, parte central) se identifican cuatro caballos: uno más estilizado y de mayor tamaño (en nuestra opinión, el semental) otra grande y con mucho abdomen (yegua gestante) y otros dos de menor tamaño (reata, dos crías en edades diferentes). En la otra porción del techo, de mayor tamaño y triangular, (fig. II.4, en la zona de la derecha), se representan dos escenas de caza: en una de ellas varios arqueros rodeando y disparando a unas cabras, y algo más a la derecha se identifican seis équidos, pero estos sin ser acosados por los cazadores.

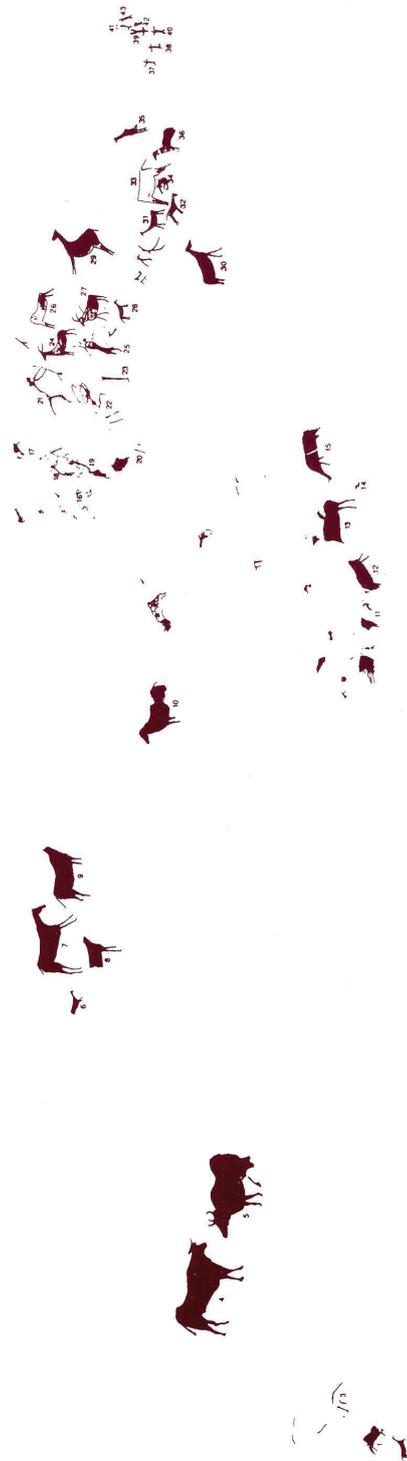


fig.II.4. (abajo, en vertical) Representaciones realizadas en Collado (1992), sobre las pinturas rupestres existentes en el "Abrigo de Medio Caballo" de la Serranía de Albarracín

43 Piñon,1993

“**Abrigo de los Dos Caballos**”. En el centro de un excelente bloque de rodeneo, se observa un équido rojizo con la cabeza agachada, superpuesto a otro del mismo color con la cabeza levantada, o mejor: un *caballo con la cabeza repintada* en dos momentos del movimiento – levantada y agachada-, que parece iniciar su locomoción con aire de galope.

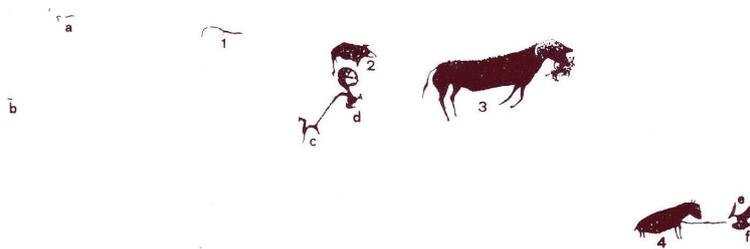


fig.II.6. Imágenes diseñadas por Collado (1992), que reproducen las pinturas rupestres del “Abrigo de los Dos Caballos” en la Serranía de Albarracín (Teruel). Obsérvese un équido prendido del cuello.

Las nueve figuras o manchas del yacimiento, se hallan en muy mal estado. Para nuestro estudio hemos utilizado las imágenes publicadas por Octavio Collado (fig. II.6), donde gracias a sus dibujos se puede analizar una de las imágenes más expresivas del sometimiento equino, se trata de la representación de un équido en estación y aparentemente tranquilo que está *cogido desde el cuello* por un ronzal que prende una figura antropomorfa.

“**Cueva de Doña Clotilde**”. En la misma existen 48 figuras, en rojo de distintas tonalidades, catalogadas claramente esquemáticas seminaturalistas. Entre las que interesan para nuestro caso, una que se presenta en el friso en un lugar preeminente. Se trata de la figura de un hombre -un arquero o pastor- que claramente lleva un équido tirado mediante un ronzal (ver fig. II.8). El trazo del ronzal proviene de la boca, y ambos, hombre y caballo, se muestran parados y en actitud tranquila.



fig.II.7. En el segundo friso de Villar de Humo del “Abrigo de Selva Pascuala” (en color castaño rojizo), se observa un équido tirado desde la boca por una figura humana.

B. En *el complejo rupestre de Villar del Humo (Cuenca)*, existen doce yacimientos con más de 170 figuras en representaciones esquemáticas o naturalistas, donde predominan claramente los bóvidos y sólo dos de ellos cuentan con representaciones equinas.

“**Peña del Escrito**”. Dentro de un paredón rocoso, existen dos paneles separados entre sí, a) en el primero, se representan varios motivos esquemáticos y para el interés de lo que se trata resulta la representación de un *jinete en color castaño azulado*: en un cuadrúpedo dotado de grandes orejas –un asno o bien un híbrido (mulo)- que sobre la parte central del dorso se ha diseñado un trazo ancho –tal vez esquematiza una figura humana- (no obstante aparece destruida su parte superior por el desconchado de la roca); b) el otro panel que tiene una extensión de unos 50m, aparece sobre una superficie totalmente lisa y sin visera protectora por la que nos queda una

conservación muy precaria, también aparece o mejor se insinúa una probable representación equina.

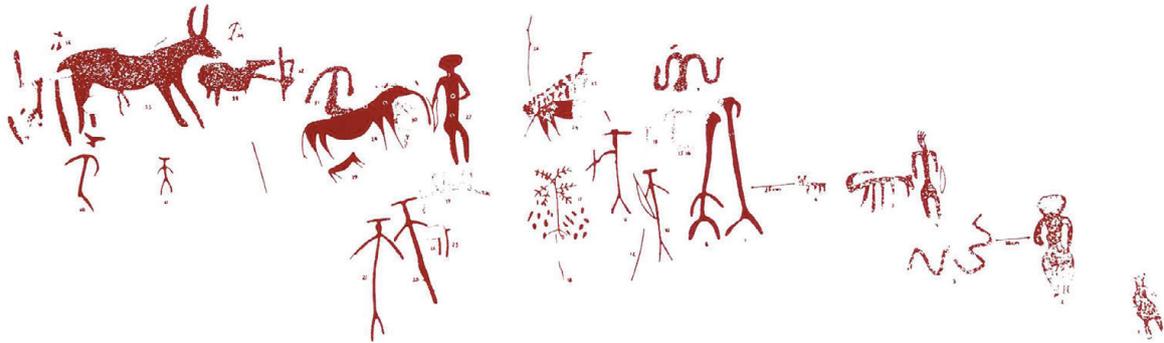


fig.II.8. Diseño del panel de la “Cueva de Doña Clotilde” en la Serranía de Albarracín de Collado (1992).

“**Abrigo de Selva Pascuala**”. Un abrigo de una extensión de unos 15 m, donde se representan, en dos frisos elementos esquemáticos y naturalistas. En el segundo friso, en castaño rojizo (fig. II.9 y 7), se identifican *tres équidos en vertical* pintados de forma tosca (especialmente uno de ellos); a estos équidos les sigue otro que claramente está siendo tirado desde la boca por una figura humana. El animal se representa claramente tranquilo y sumiso, y el ronزال se dibuja rodeando al hocico del animal –en la actualidad diríamos que va el *equino a la mano* prendido como si fuera del cabestro de una jáquima.



fig.II.9. Pinturas de équidos en el “Abrigo de Selva Pascuala”, en Villar Humo (Cuenca).

C.- En otras ubicaciones levantinas

“**Abrigo de los Borriquitos**”. En el Barranco del Mortero (Alacón, Teruel), se representa un guerrero esquemático con cuatro équidos, los cuales por sus grandes orejas se han identificado como el dibujos de cuatro asnos. En el grupo central, hallamos la figura de un hombre montando a un equino: hombre montando a un borrico.

“**Abrigo de la Trepadora o trepadores**”. También situado en el Barranco del Montero (Alacón, Teruel), se representa un jinete que parece dominar el caballo mediante unas riendas.

“**Abrigos del Barranco de la Gasulla**” (Arés de Maestre, Castellón). Están constituidos por el “**gran abrigo de Cueva Remigia**” y “**el abrigo del Cingle**” (compuesto por diez cavidades). En el Cingle, existen representaciones de tres jinetes con sus caballos, de ellos el más singular se halla en la cavidad X, donde se ofrece la figura de un *jinete a galope con casco* (ver fig. II.10) que dirige su montura a través de unas riendas, las cuales parecen operar desde un artefacto o bocado. Al observar la imagen especialmente la del caballo, éste parece desplazarse a galope, el cual por la posición del cuello, el acompañamiento de su abundante cola y cabeza flexionada, podría interpretarse como que observamos un caballo perfectamente dominado -“domado”- por su jinete. La datación de esta figura con cimera, podría situarse a partir del II milenio (menos de 1.500) a.C.

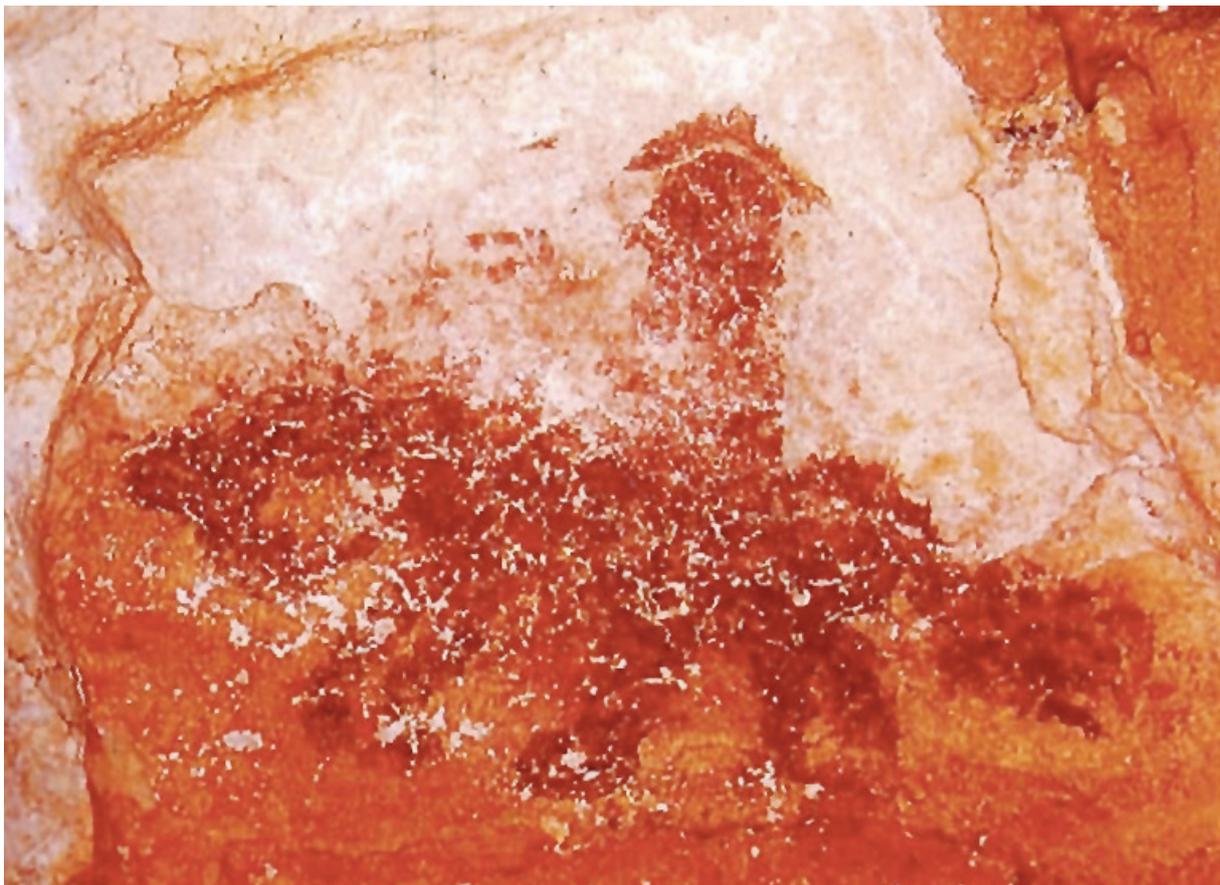


fig.II.10. Jinete (con casco) que dirige su montura mediante unas riendas. Se encuentra en el “Barranco de la Gasulla” perteneciente al “Abrigo de Cingle” (Arés de Maestre, Castellón).

II.2.b. Algunos comentarios y conclusiones sobre las representaciones de équidos en el Arte Levantino

Aunque faltan cadenas faunísticas que enlacen los agriotipos salvajes con los caracteres morfológicos de las especies animales que denoten se ha producido la domesticación de alguna de ellas, en el lugar sin préstamos exteriores, sin duda, serán los resultados citogenéticos los que confirmen que la domesticación en la península no es una innovación devenida de tierras y caballos de las estepas euroasiáticas. Pues una vez confirmada la presencia de un linaje genético propio, se puede enunciar en **la Península Ibérica un foco primario de domesticación del caballo**. Ello ha de obligar nada más o nada menos que a modificar o puntualizar el concepto sobre un apasionante problema cronológico cultural que incide en el conocimiento de la historia económica de la humanidad.

Por otra parte, se ha comprobado, en la península, la continuidad del caballo entre el pleistoceno y el holoceno, pues a falta de restos faunísticos de la época⁴⁴ más concluyentes, más abundantes y menos polémicos que los de Cova Fosca, contamos con los signos culturales que nos ofrece el “arte rupestre levantino” peninsular. La interpretación de algunas de las representaciones y la datación de sus yacimientos, nos pueden confirmar desde otro punto de vista esta apreciación. Para ello, debemos valorar, en primer lugar, que efectivamente algunas de las representaciones de este acervo cultural reflejan la domesticación o al menos el sometimiento del équido a manos del hombre, y en segundo lugar, se ha de determinar si la datación de los yacimientos a que pertenecen estas representaciones pueden considerarse anteriores o coetáneos a los euroasiáticos.

Pues bien, en cuanto a las representaciones del conjunto cultural que ofrecen las pinturas rupestres levantinas, al menos en catorce⁴⁵ de los ciento cincuenta abrigos o covachas catalogados, aportan datos de interés para el hecho que nos ocupa. Esta aparente exigua muestra, se debe en gran medida a que en las cuevas levantinas, son los ciervos y las cabras las especies más representadas; ocupando un segundo escalón estadístico los toros y jabalíes, y resultando mucho más minoritarias las representaciones de los équidos. A pesar de ello, en nuestra opinión, las escenas e imágenes de estos yacimientos, resultan suficientes, significativas y esclarecedoras para confirmar estos hechos.

En este sentido debemos advertir que a pesar de que hasta tiempos muy recientes ha vivido en libertad, en tierras de Teruel o en las de Albacete y hasta el siglo XVI, el enebro (asno salvaje), hasta el descubrimiento del “abrigo del Medio Caballo”, o mejor, hasta un más reciente estudio sobre sus techos (muy cercanos al suelo) por parte de Piñón⁴⁶, se pensaba en la ausencia de équidos en las pinturas de la Sierra de Albarracín. Sin embargo, en este estudio se desveló que de las veintiocho imágenes identificadas del abrigo, doce de ellas son representaciones de équidos. Así, en uno de sus techos, se ofrece un conjunto de cuatro figuras claramente identificables como tales, y que en nuestra opinión, se trata de cuatro caballos de distintos tamaños, que se muestran representados en actitud de absoluta tranquilidad, como si estuvieran pastando en una dehesa. Si tuviéramos que arriesgar en nuestras apreciaciones sobre esta escena, bien podría tratarse de una familia equina, conformada por el semental, la yegua, y su rastra: un potro añojo (uno-dos años) y otro de escasos meses. En otras escenas situadas más a la derecha, se observan figuras humanas cazando unas cabras, y algo más alejados otros seis équidos de distintas proporciones,

44 Que demuestren inequívocamente la existencia en nuestra Península de un foco primario de domesticación del caballo en épocas tempranas (V o IV milenio a.C.).

45 Ocho en la zona de Arrastradero de la Sierra de Albarracín; dos, en el complejo de Villar Humo (Cuenca), y cuatro en otros lugares levantinos.

46 Piñón (1983).

a los que no le afecta la referida escena de caza. Todo ello, lleva a pensar que estos équidos constituían en la convivencia cotidiana rebaños posiblemente bien estructurados, como si las representaciones indicaran la habitual cría de ganado equino por parte de aquellos pobladores. Esta afirmación sobre la cría caballar en la Sierra de Albarracín, se ve confirmada y avalada tras contemplar la representación de la “Cueva de Selva Pascuala” en Villar Humo (Cuenca), donde se representa una escena con tres équidos (en vertical) de apariencia relajada, como paciendo, seguidos de otro que es conducido desde la cabeza, por una figura antropomorfa, como si su conjunto reflejara la representación de un pastor (o yegüero) con su reata y tras la piara que le precede.

Una mayor consideración, para los objetivos que se pretenden, puede merecer el análisis de imágenes pertenecientes al “abrigo del Tío Campano” y de la “cueva de Doña Clotilde” (figs. II.3 y II.7). En ambos casos, se observa una escena de un équido que se relaciona desde la boca mediante ronzal con una figura antropomorfa. En el primer caso, el caballo claramente se opone a su locomoción pues muestra la cabeza y el cuello, elevados, y los miembros extendidos en sentido contrario a la marcha; el animal se presenta, además, contrariado por el sometimiento que sobre él se realiza y lo expresa oponiéndose a realizar la marcha que se le solicita; en este caso, el ronzal parece originarse en la punta del hocico, como si tirara de una posible implantación en los ollares nasales⁴⁷. En el segundo caso, en la “cueva de Doña Clotilde”, el animal se muestra más sumiso, pues aparece aplomado (en estación) y como queriendo iniciar el paso que la figura, claramente humana, le lleva a la mano. Otra escena similar a las dos precedentes, se halla en la “cueva de Selva Pascuala”, la cual ya ha sido comentada a propósito del análisis conjunto de la representación como muestra de grupo equino (fig. II.9). En la misma, también, existe una figura antropomorfa que se relaciona mediante un ronzal a la cabeza de un équido (fig. II.7). En este caso, nos interesa especialmente la atadura del animal, pues se observa que afecta a su hocico, como si abrazara a la totalidad del mismo, y podemos ir aún más lejos en cuanto a este tipo de sujeción, pues a todas luces lo que mantiene sometido al animal parece una jáquima y su correspondiente cabestro. Si se saca a relucir este tipo de arnés, es porque la jáquima, se cree de origen peninsular o norteafricano, o al menos históricamente se ha utilizado y se usa con asiduidad en la Península Ibérica, especialmente como equipamiento para el asno y sus híbridos (mulos).

Desde luego, los casos que se refieren no se tratan de escenas de caza a lazo, como han sugerido algunos de los autores consultados⁴⁸, solamente Collado⁴⁹ se aventura a interpretar estas representaciones como posibles muestras de domesticación. Nosotros creemos que estas son una clara demostración de sometimiento, y ello aboca a la domesticación, pues en caso de operarse la caza de un équido mediante lazo, esta se haría con toda seguridad por su enlazamiento a través del cuello. El hecho de someter a un equino mediante una anilla nasal o por una atadura de su hocico, conlleva un amansamiento previo cuyo esfuerzo obliga a un manejo más laborioso que el propio del prendimiento para su caza, además este amansamiento permite su control para otras actividades, cría y por qué no para el tiro o la monta.

Por cierto, también existe otra imagen donde el equino se presenta sometido mediante lazo en el cuello, tal como se dibuja en la “cueva de los Dos Caballos”, tampoco este caso nos parece motivo de caza, pues se ve claramente no es fruto de una primera acción dado que se detecta

⁴⁷ Aunque no es el caso, por la distancia en el tiempo y en el espacio así como por la materia prima empleada, este modo de sujeción se asemeja a lo observado en el Estandarte de Ur, en el que los himiones tiran de carros sometidos por una anilla nasal. En el Estandarte de Ur (2600 a.C.), Museo Británico de Londres.

⁴⁸ Beltrán, 1973, 86 y 98; Ripoll, 1962; Piñón, 1983, entre otros.

⁴⁹ Collado (1992).

al équido, tras el antropomorfo que le precede, tranquilo y colaborador. Por tanto, en nuestra opinión, también este caso debe descartarse como escena de caza y pensar en el amansamiento del animal.

Las escenas que ofrecen representaciones de équidos montados por un jinete: “abrigo de Fuente Cabrerizo”, “Peña del Escrito”, así como “los abrigos de los Borriquitos” y “Fuente Trepadora”, ratifican de un modo más concluyente todo lo anteriormente expuesto sobre la **domesticación de los équidos en el arte rupestre levantino de la Península Ibérica**.

Mención aparte merecen los comentarios correspondientes al jinete del “abrigo del Cingle” en el Barranco de la Gasulla (fig. II.10), pues éste se considera perteneciente a la Edad de Bronce peninsular y está datado como posterior al 1.500 a.C.. Además, al observar la escena llama la atención, al margen del gorro o casco del jinete, el medio como materializa el sometimiento del équido⁵⁰, pues se observa desde la boca del caballo hasta la mano del jinete, a modo de una doble rienda semitensada. Ello nos hace suponer que el équido está sometido mediante un bocado: un artilugio de asta, hueso o metálico, que ocupa las diastemas (espacio interdentario o barras del équido) de la boca del caballo, que el tiempo ha demostrado que éste resulta el método más eficaz en la dominación equina para usos ecuestres. Pues bien, si estamos convencidos que la domesticación de los équidos se produce en la Península como un foco primario, el uso del “bocado” sin embargo nos parece un hecho más discutible, pues consideramos se trata de una innovación importada de Oriente, cuya cultura en la prehistoria, además, se ha demostrado como la más avanzada y fecunda.

Expuestas las imágenes y los razonamientos relacionados con las conductas de los animales, el siguiente problema a dilucidar es la de su cronología, y esto no es una cuestión menor por las implicaciones historiográficas y teóricas que conlleva. Conocemos las dificultades de datación del arte prehistórico por su descontextualización respecto de las industrias de sus creadores, por lo que son encomiables todas las iniciativas de organizar su secuencia, pero a los problemas estratigráficos de las superposiciones, los estilos y los colores, se suman los repintados, las reutilizaciones, las acumulaciones o la regionalización. Y la complejidad de su historiografía, planteamientos, fases, períodos y cronologías es tal que no discutiremos nada, entre otras razones por nuestra condición de no especialistas en la cuestión.

La reflexión parte de la coexistencia, en un momento determinado de tiempo del denominado arte macroesquemático, del arte levantino y del arte esquemático. La iconografía es el argumento fundamental para identificar el arte levantino con el epipaleolítico, pero cuando aparecen escenas de domesticación, hasta ahora se asigna la cronología más reciente. Planteamos la posibilidad de que si el arte levantino es un arte de cazadores recolectores, por tanto epipaleolítico en el sentido económico del término, tenga unos inicios, desarrollos e influencias que pudieron ser paralelos en el tiempo, con aquel otro, radicalmente distinto de las nuevas creencias y del ritual contenido en el arte macroesquemático, vinculado con la nueva economía agropastoril. Con todo y a los efectos cronológicos que nos interesan, parece que se reconoce que independientemente de su origen, el arte levantino⁵¹ también es neolítico, al menos en algunas zonas⁵², y aunque el arte esquemático también puede estar inserto en el origen en ambas manifestaciones representativas, nosotros no lo valoraremos, porque hemos buscado las imágenes más naturalistas posibles desde

50 Por la silueta de su figura y especialmente por su frondosa cola, casi con toda seguridad se trata de un caballo.

51 “tiene mucho de relato del proceso de domesticación.....pero podría parecer contradictorio que uno de sus temas más importante, al menos el más abundante, sean escenas de caza, que abogarían por un ambiente epipaleolítico pleno” Fortea y Aura (1987).

52 Hernández y Martí (2000).

donde interpretar la presencia de caballos, aislados, en manada y/o relacionadas con el hombre.

Según el modelo de acceso a la economía de producción en la Península Ibérica, se estima la existencia de unas comunidades de neolíticos puros, y unas comunidades epipaleolíticas, las cuales se hallan en distintos procesos y ritmos de aceptación de las industrias y productos (seguramente discriminadas) de la economía de los grupos productores. Según este planteamiento, cualquier escena relacionada con la producción debería fecharse con posterioridad a la implantación de los neolíticos puros.

Si el arte levantino representara sólo el proceso de neolitización, deberíamos encontrar más evidencias de pastoreo, no solo de cápridos, como se documenta en la Peña del Castellar, en el complejo de Villar del Humo⁵³, sino de ovejas, vacas y cerdos, pero la realidad, hasta ahora, es que sólo contamos con la figuración de una posible oveja en el abrigo de los Trepadores en el Barranco del Mortero (Alacón, Teruel)⁵⁴. La falta de estas escenas y la abundancia de otras, podría indicarnos un mayor interés por las actividades de caza, más vinculadas con economías epipaleolíticas. Pero no nos engañemos, la caza tuvo y mantiene hasta la actualidad un valor económico y simbólico de importancia y valoración social cambiante. Pero además, todo hace pensar que en la Península Ibérica el caballo fuera un animal que se incorporase entre los domésticos en un momento avanzado del neolítico, por lo que la clasificación de los restos de caballos como salvajes, en niveles de neolítico antiguo, podría ser más una convención, resultado de una explicación reducida del modelo dual, que una realidad.

Si retomamos, a) el ya citado trabajo de Jordá (1987) en el que se propone la posibilidad de que a lo largo del Magdaleniense el caballo pudiera haber sido domesticado en el sur de Europa, tanto en la Península Ibérica como en Francia; b) si valoramos los trabajos de ADN mitocondrial de (Jansen et al., 2002 y Lira et al., 2010), en los que se demuestra que uno de los posibles focos de domesticación fue la Península Ibérica; c) que en los caballos de Cova Fosca se encuentran evidencias morfológicas de ecosistemas (que abogan por una explicación doméstica), así como d) la existencia de un linaje mitocondrial ancestral que se mantiene aún presente en muchos caballos ibéricos actuales. Esta acumulación de evidencias, podría indicar que **el caballo se incorpora a la fauna doméstica como aportación local**, utilizando los mismos criterios de gregariedad que tienen la cabra, la oveja y el cerdo para su amansamiento y domesticación, pero seguramente empleados además, para su cría, para actividades de transporte o tiro y más tarde consumidos, ya que todos los restos estudiados pertenecen a équidos adultos y escasa su presencia entre los restos faunísticos.

La importancia histórica de esta posibilidad es la de reconocer en el epipaleolítico oriental de la Península Ibérica una fase mesolítica cercana o contemporánea a los primeros neolíticos de inicios del VI milenio a.C. por medio del amansamiento y domesticación del caballo, como sugería Cova Fosca. El problema de la contrastación material, con las posibles modificaciones en la estructura de las industrias de piedra y hueso, como la que se sigue en Cocina⁵⁵, o por la aparición de novedosos tipos que acrediten nuevos usos, podemos abordarlo en el sentido de que el posible atalaje⁵⁶ diseñado a estos efectos no ha dejado huella alguna, sólo sus restos como alimento. La falta de homogeneidad entre las industrias, durante el epipaleolítico, podría indicar la adaptación de los cazadoresrecolectores a comportamientos económicos diferentes,

53 Alonso Tejada (1985).

54 Beltrán (1993).

55 Pericot (1945); Fortea, (1971)

56 Conformado con materiales de conservación poco perdurable, pues a buen seguro no contaba con piezas consistentes. Además casi con toda probabilidad fueron sometidos mediante nariguera.

y que significaría un espacio temporal de maduración socioeconómica que, con el tiempo y los contactos con los grupos neolíticos, darían lugar a un proceso de neolitización lento y arrítmico.

Por ello se plantea la posibilidad de que esta convergencia económica no fuese un cambio traumático, sino un largo período de convivencia e intercambio entre estos grupos cazadores-recolectores y los grupos neolíticos, más relacionado con un proceso de maduración previo, que una expresión de demarcación territorial “visceralmente” económico por medio de señalizaciones con arte levantino.

Resumiendo, los estudio citogenéticos de Jansen et al. (2002) y especialmente el de Lira et al. (2010), abren la puerta a considerar en la Península Ibérica un foco primario en la domesticación del caballo. Por otra parte, el arte rupestre levantino peninsular, por su propia naturaleza de representaciones de escenas de équidos y composiciones acompañadas de figuras humanas, resulta lo suficientemente significativo como para valorar, durante aquella época epipaleolítica, la relación de los équidos respecto al hombre.

Es más tras estudiar las escenas que se representan en al menos catorce yacimientos de covachas o abrigos levantinos, se puede confirmar que los équidos se muestran en las pinturas pacientemente sometidos o dominados, lo que habla bien a las claras de su amansamiento y convivencia con el hombre, en un proceso de domesticación. Por ello, no creemos que se traten de escenas de caza, tal como han sugerido algunos de los autores consultados.

Este proceso de domesticación se confirma por, a) las representaciones de équidos en rebaños perfectamente estructurados⁵⁷; b) los dibujos de figuras humanas que llevan al equino prendidos por su boca⁵⁸; así como, c) por las escenas de jinetes montados a caballo⁵⁹

La datación de principios del VI milenio para los lugares neolíticos, con presencia de restos de caballos “cazados”, es la misma fecha, como mínimo, para los inicios del arte levantino. La existencia de caballos desde la cronología convencional del 7510± 160 a.C., para la fase III, epipaleolítica de Cova Fosca, y su continuidad a lo largo de sus fases II y I, (las cronologías calibradas para estas fases se encuentran entre los intervalos 5310-5040 y 5300-5010 a.C.), en donde se indica que por estar fuera de un medio físico favorable y tener dimensiones menores que sus congéneres silvestres, podrían indicar que el caballo se encontraba en un proceso de domesticación, lo que, consecuentemente, permite defender que tanto el manejo del caballo, como sus escenas de domesticación en el AL, pueden remontarse a los inicios del VI milenio a.C., como mínimo, por lo tanto muy anteriores a las dataciones que se tienen para su domesticación en las estepas Euroasiáticas. En esta línea de interpretación se encuentran los restos de caballos procedentes de los niveles de Neolítico final y comienzos de la edad del cobre de la Peña de los Gitanos (Montefrío, Granada), con fechas entre el 3000-2500 a.C. (cuya calibración alcanzaría hasta mediados del IV milenio a. C.) que se interpretan como domésticos por razones ecológicas⁶⁰.

Todo lo expuesto -en el párrafo anterior- refuerza nuestra propuesta que en la Península Ibérica, se produjo la domesticación local del caballo, que resulta de un proceso de maduración económica local, producido durante el epipaleolítico (al menos principios del VI milenio a.C.), y continuado durante el neolítico y la edad del cobre, hasta la actualidad.

57 “Abrigo Medio Caballo”, “Abrigo de los Toricos del Prado del Navazo”, “Abrigo de Selva Pascuala.

58 “Abrigo del Tío Campano”, “Cueva de Doña Clotilde”, “Abrigo de los dos caballos”, “Abrigo de Selva Pascuala.

59 “Fuente del Cabrerizo”, “Peña del Escrito”, “Abrigo de los Borriquitos”, “Abrigo del Cingle” (para esta última, la mayoría de los autores lo datan como posterior al 1.500 a.C.).

60 Uerpmann (1979).

II.3. Otros restos faunísticos de équidos peninsulares

Retomando la Península Ibérica ahora en la edad de los metales, cabe destacar que en Andalucía oriental y el Sureste de la península, los hallazgos de la llamada cultura del Argar, pueden resultar esclarecedores para componer el diseño de lo acontecido con el caballo en el panorama peninsular. Como muestra que satisfaga estos objetivos, hemos elegido como guía las excavaciones realizadas por Arribas y colaboradores⁶¹ en el “**Cerro de la Encina**” de Monachil.

En Monachil, al margen de los restos de cerámicas hallados, entre los huesos encontrados como parte del vertedero de cocina de la población allí existente, se identificaron 938 fragmentos de huesos de équidos, 374 de óvidos/carpidos, 288 de bóvidos y 132 de cerdos. Estos autores los cuantifican como pertenecientes a un mínimo de 38 individuos de ovinos/ caprinos, 26 equinos, 20 cerdos y 14 vacunos. Pero lo más sugerente de estos hallazgos es que mientras en la fase IIB, datada de antes de 1.500 a.C., el 66% de alimentación cárnica de la población era proveniente de caballos, en la fase III, que se data entre el 800-700 a.C., no se halla ningún resto de huesos pertenecientes a caballos. O dicho de otra forma, a buen seguro que como los pobladores de aquella época más temprana encontraron en los équidos un aprovechamiento más fructífero que la propia carne, como muy bien pudo ser su uso para el arrastre o la monta, dejaron de consumirlos, pues consideraron mejor producir para carne otras especies también domésticas oveja, cabra, cerdo o vacuno y utilizar al équido para el aprovechamiento de su energía.

En cuanto al tipo de équido existente por los restos hallados en Monachil, cabe destacar que se describen equinos de una alzada media de 1,35m, con falanges y cascos pequeños, propios de un hábitat duro y pedregoso.

Otras excavaciones argarianas, de Granada –**Cuesta del Negro de Purullana, Cerro de la Virgen de Orce, o cerro del Real de Galera**–, Almería –**Barranco Hondo**–, Murcia –**Bastida de Totana**–, Albacete –**Mercalón**–, o Valencia –**Cabezo Redondo**–, confirman parecidos extremos a los expuestos acerca de Monachil.

61 Arribas et. al., 1974.

Referencias Bibliográficas

- Agüera, E. (2008). "Domesticación y origen de la doma y manejo del caballo". Lección inaugural, Curso Académico 2008-2009 de la Universidad de Córdoba. Universidad de Córdoba.
- Agüera, E. (2014). "La domesticación del caballo e Historia de los arneses y útiles de manejo". Ed. Diputación de Córdoba. Córdoba.
- Alonso Tejada, A. (1985). "Villar del Humo, un núcleo rupestre olvidado". *Revista de Arqueología* 25, 12-23.
- Alonso Tejada, A. y Grimal, A. (1999). "El Arte levantino: una manifestación pictórica del Epipaleolítico peninsular". *Cronología del Arte Rupestre Levantino*. Real Academia de Cultura Valenciana, 43-76.
- Anthony, D. W. (2007). *The Horse, the Wheel and Language*. Princeton University Press. Oxford.
- Aparicio, J. (2001). Datos objetivos para la cronología y periodización del arte prehistórico postpaleolítico. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 22, 7-12.
- Beltrán A. (1968). Sobre la pintura de un caballo cazado a lazo del abrigo de Selva Pascuala en Villar del Humo (Cuenca). *Miscelánea José M^a Lacarra. Estudios de Arte y Arqueología*. Zaragoza.
- Beltrán, A. (1973). *Arte Rupestre Levantino*. Imp. Librería General. Zaragoza.
- Beltrán, A. (1993). *El Arte Prehistórico en Aragón*. Ibercaja. Obra cultural .Zaragoza.
- Beltrán A. (1998). *Arte Prehistórico en la Península Ibérica*. Server d'Investigacions Arqueològiques i Prehistòriques. Castellón.
- Beltrán A. (1999). *Cronología del arte rupestre levantino*. Real Academia de Cultura Valenciana. Sección de Prehistoria y Arqueología. Valencia.
- Blasco M^a C. (1992). *La pintura prehistórica levantina*. Cuadernos de Arte Español: Historia 16. Grupo 16. Madrid.
- Bökönyi, S. (1972). An early representation of domesticated horse in North Mesopotamia. *Summer*, 28, 35-38.
- Bökönyi, S. (1978). The earliest waves of domestic horses in East Europe. *J. Indo-European St.* 6,17-76.
- Collado, O. (1992). *Los abrigos pintados del Prado del Navazo y Zona del Arrastradero. (Pinturas rupestres de Albarracín)*. Parques culturales de Aragón. Zaragoza.
- Cuadrado, E. (1950). *Excavaciones en el Santuario Ibérico de Cigarralero (Mula, Murcia)*. Informes y Memorias 21. Madrid.
- Esteve, J. (1988). "Estudio de los restos faunísticos" En *Olaría, 1988 Cova Fosca*. Un asentamiento meso-neolítico de cazadores y pastores en la serranía del Alto Maestrazgo. (281-337). *Monografies de Prehistòria i Arqueologia Catellonenques*, 3. Castellón.
- Fortea, F.J. (1971). "La cueva de la Cocina. Ensayo de cronología del epipaleolítico (fácies geométrica)" Servicio de Investigación Prehistórica. Trabajos Varios, nº 40 (88 págs.)
- Fortea, F.J. y Aura. E. (1987). Escenas de vareo de la Sarga (Alcoy). Aportaciones a los problemas del arte levantino. *Archivos de Prehistoria Levantino XVII*, 97-122.
- Hyland, A. (2003). *The Horse in the ancient World*. Sutton Pub. Limt. Gloucestershire, England.

- Hernández Pérez, M.S. y Martí Oliver, B. (2000-2001). “El arte rupestre en la fachada mediterránea”. *Zephyrus LIII-LIV*, 241-265.
- Jansen T.; Foster, P.; Levine, M.A.; Oelke, H.; Hurcles, M.; G. Renfrew; J. Weber and K. Olek. (2002). Mitochondrial DNA and the origins of the domestic horse. *Population Biology*. 99,16.10905-10910.
- Jordá, F. (1975). La Peña del Escrito (Villar del Humo, Cuenca) y el culto del toro. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*. 2, 7-9.
- Jordá, F. (1987). Sobre figuras rupestres paleolíticas de posibles caballos domesticados. *Archivo de Prehistoria Levantina*. 17,49-58.
- Kosintev. P.A. (2006). The human-Horse Relationship on the European- Asian Border in the Neolithic and Early Iron Age. *The Evolution of Human- Equine Relationships*. BAR International Series 1560. Oxford. England.
- Lagarda, F. (2004). *Las pinturas rupestres de Albarracín y las claves del Arte rupestre levantino*. Ferran Lagarda. Zaragoza.
- Levine, M. (2004). “Exploring the criteria for early Horse Domestication”, en *Traces of Ancestry: studies in honour of Colin Renfrew*. Ed. M. Jones. Mc Donald Institute Monographs. Oxford.
- Leroi-Gourhan, A. (1984). *Arte y grafismo en la Europa prehistórica*. Istmo, Madrid
- Lhote H. (1959). *The story of the prehistoriarocx-painting of the Sahara*. In the *Search for the Tassilifrescoes*. Hutchinson&Co. (Pub). London.
- Liesau, C. (2005). Arqueozoología del caballo en la antigua Iberia. *Gladius XXV*, 187-206.
- Lira, J. ; Linderholm, A.; G. Olaris; M. Braustström ; T. Gilbert; H. Ellegren; E. Willerslev; K. Linden; J.L., Arsuaga and A. Götherström (2010). Ancient DNA reveals traces of Iberian Neolithic and Bronze Age lineages in modern Iberian horses. *Molecular Ecology*. 19, 64-78.
- Martí Oliver, B. y Juan Cabanilles, J. (1987). *El Neolític Valencia. El sprimers agricultors i ramaders*. Serveid 'Investigació Prehistorica de la Diputació de Valencia.
- Mateo Saura, M.A. (2002). “La llamada fase pre-levantina y la cronología del arte rupestre levantino. Una revisión crítica”. *Trabajos de Prehistoria* 59. 1, 49-64.
- Mesado, N.; Barreda, J.; Rufino, A. y J.L. Viciano. (2008). Tres nuevas manifestaciones de arte rupestre prehistórico en la provincia de Castellón. *Archivos de Prehistoria Levantina*. 27. 181-224
- Olaria, C. (1988) *Cova Fosca. Un asentamiento meso-neolítico de cazadores y pastores en la serranía del Alto Maestrazgo*. Monografies de Prehistòria i Arqueologia Catellonenques, 3. Castellón.
- Olaria C. y Gusi.F. (1983). “Cova Fosca. Un asentamiento de cazadores y pastores en la serranía del Maestrazgo”. *Rev. de Arqueología*. 27, 18-24.
- Olsen, S.L. (2006) Early Horse Domestication: Weighing the Evidence. *In Horses and Humanans: The Evolution of Human-Equine Relationships*. BAR International Series 1560.Oxford. England.
- Pericot, L. (1945). La cueva de la Cocina (Dos Aguas). *Archivo de Prehistoria Levantina* 2, 39-71.
- Piñón, F. (1982). *Las pinturas rupestres de Albarracín, Teruel*. Centro de Altamira. Santander.
- Piñón, F. (1983). *El abrigo del TioCampano (Albarracín, Teruel)*. Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch.(371-383). Ministerio de Cultura. Madrid.

- Prat, F. (1977). L'égide du gisement acheuléen de Torralba (Soria, Espagne). *Suppl. Bull AFEQ.*, 50, 33-46.
- Ripoll Perelló, E. (1962). "Representación de un jinete en las pinturas rupestres del Cingle de la Gasulla (Castellón)". *Zephyrus*, XIII, 91-93.
- Ripoll Perelló, E. (1963). *Pinturas rupestres de la Gasulla (Castellón)*. Monografías de Arte Rupestre nº 2. Instituto de Prehistoria y Arqueología de la Diputación de Barcelona
- Ripoll Perelló, E. (1990) "Acerca de algunos problemas del arte rupestre postpaleolítico en la Península Ibérica". *Espacio, Tiempo, Forma. Serie I, 3. Prehistoria y Arqueología*, 71-85.
- Riquelme, J.A. (1995). *Presencia de caballo, equus caballus, en el sur de la Península Ibérica. Desde el Paleolítico superior a la Edad Moderna*, en: *Al-andalus y el Caballo*. Lunwerg Editores S.A. Barcelona.
- Rubio de Miguel, I.(1986). "Economía Neolítica en la península Ibérica I y II". *Rev. de Arqueología* 60, 32-42, y 61, 6-12.
- Vega-Pla, J.L., J. Calderón, P.P. Rodríguez Gallardo, A. M. Martínez and C. Rico. (2006). Saving feral horse populations: does it really matter?. A case study of wild horses from Doñana National Park in southern Spain. *Animal Genetics*, 37, 571-578.



Biografía del autor

Eduardo Agüera Carmona

Profesor Emérito de la Universidad de Córdoba

Doctor en Veterinaria. **Catedrático** de Anatomía y Embriología de la Facultad de Veterinaria de Madrid (1977), y Córdoba (desde 1978 a 2018). Ha dirigido doce tesis doctorales y publicado catorce libros de su especialidad entre los que cabe destacar **“Anatomía aplicada veterinaria”** (Salvat, 1987) y **“Anatomía aplicada del caballo”** (Harcourt Brace, 1999), además de más de un centenar de artículos científicos en revistas nacionales e internacionales.

A partir de 1982 ha ejercido, en la Universidad de Córdoba, cargos de: Vicedecano de la Facultad de Veterinaria; Vicerrector (encargado del diseño y zonificación del Campus Agroalimentario de Rabanales, 1990-1992); Director de Departamento de Anatomía y Anatomía Patológica comparadas; Director del Máster de Equinotecnia (1992-2000), y Director del Laboratorio de Locomoción Equina (desde 2000).

Los últimos treinta años, además de atender sus obligaciones docentes e investigadoras, se ha relacionado intensamente con veterinarios, ganaderos y aficionados del mundo del caballo, destacando como conferenciante y articulista sobre el caballo andaluz. Fruto de esta actividad es la coordinación de la revista **“el campo” BBV** (1996), **“El caballo. Perspectivas del caballo y la organización de la industria equina”**; la publicación del libro **“Córdoba, caballos y dehesas”** (Almuzara, 2008 y 2ª edición, 2011, Serv. Pub. Univ. Córdoba), **“La domesticación del caballo e historia de los arneses y útiles de manejo”** (Diputación de Córdoba, 2014), **“El caballo del XIX. Resurgir del caballo andaluz (PRE) en el siglo XIX”** (Diputación de Córdoba, 2018), **“La gestión de la cría caballar en el siglo XIX: Agricultura o el Ramo de la Guerra”** (Ministerio de Agricultura y Pesca, 2019), y la dirección del curso **“El caballo y la organización ecuestre”** en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (2008).

Es socio fundador de “Córdoba Ecuestre”; Socio de Honor del Foro de Opinión “El Caballo Español”, y consejero de la fundación bbk-CajaSur, y académico de la Academia de Ciencias Veterinarias de Andalucía Oriental.

La domesticación del caballo y la evolución del uso de arneses para facilitar su manejo, todavía no han sido suficientemente esclarecidas. Los arqueólogos e historiadores, hasta la fecha, no han reseñado con rotundidad los hitos que jalonaron este proceso, ofreciendo tan sólo una serie de hallazgos sobre los que basaron sus propias conjeturas, apostando en gran medida por el caballo como instrumento de poder, que llevaba a los pueblos que lo utilizaban a su hegemonía en cada época y territorio.

Aquí y ahora, se ofrece otra visión, la de un especialista en Anatomía y locomoción equinas, quien fundamentado en hallazgos arqueológicos y en la Historia, enfoca esta evolución desde la perspectiva del conocimiento del manejo y uso del caballo, e intenta desvelar como se ha ido operando el proceso sobre la innovación y aplicación de cada uno de los arneses y útiles en el caballo a través de los tiempos.

